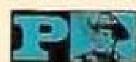
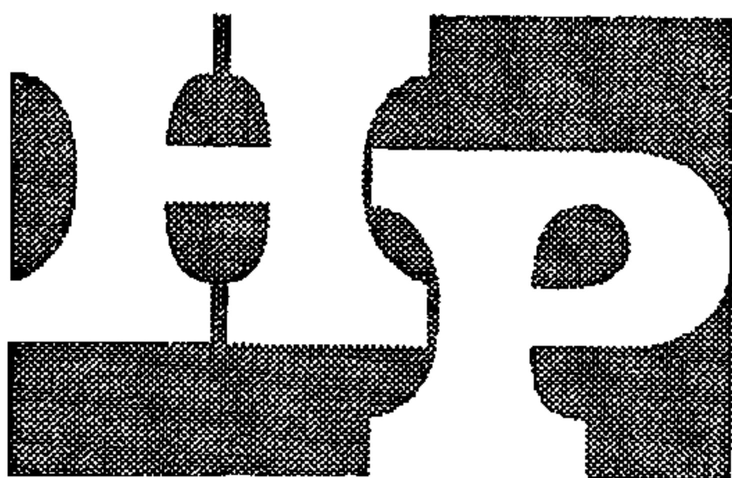
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERIE Héroes de la PRADERA

Silver Kane

EL AVENTURERO DEL SUR





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

EL AVENTURERO DEL SUR

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 91
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Déposito Legal B 27925-1971

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edicción: septiembre, 1971

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Prólogo

El hombre miró el cuerpo que estaba tendido en el diván, en una postura que hubiera podido parecer voluptuosa de no ser tan violenta. Era el cuerpo de una de las mujeres más hermosas que había visto en su vida.

Lástima que aquella mujer estuviese muerta.

Apuñalada. La habían apuñalado en el centro del corazón.

El hombre limpió la sangre del cuchillo, lo guardó y susurró en voz muy baja:

—Me ha costado poco trabajo.

Tal fue el único epitafio que tuvo la mujer. Tales fueron las únicas palabras que se le dedicaron como despedida.

El hombre se acercó a la puerta. Era alto, joven, y nadie hubiera dicho, al ver su rostro, que éste era el de un asesino.

Abandonó el hotel, que estaba situado en la calle principal de Kansas City, y pensó que cuando descubrieran el cadáver él ya estaría lejos. Pero antes fue a la pequeña oficina de Correos y en el pequeño mostrador escribió una carta. No la firmó.

La carta iba dirigida a un determinado caballero que residía en Tucson, Arizona. Y decía:

> «El asunto que me encargó está arreglado. Todo ha resultado perfecto. Espero me gire los dos mil dólares restantes a la oficina de Correos de Dallas, Texas. Por su propio bien, no se retrase».

El hombre adquirió el sello, depositó la carta en la oficina, después de cerrarla cuidadosamente, y salió. Media hora después

había tomado la diligencia y se alejaba de la ciudad.

Pero antes de llegar a Dallas se detuvo en San Antonio de Texas, varios días más tarde. Fue a la oficina de Correos y allí encontró una carta dirigida a su nombre.

La carta decía:

> «Tengo un estupendo trabajo para usted. Diez mil dólares. Entrevístese conmigo en la ciudad de El Paso».

La carta no llevaba firma, pero él conocía al remitente. No necesitaba ningún otro dato.

Cambió la dirección de su viaje.

CAPÍTULO PRIMERO

Las mejillas de la mujer se encendieron como dos rosas rojas al abrirse, y sus blancos dientes entrechocaron para decir:

—¡Vete!

El hombre dejó caer su sombrero al suelo, tanta fue su sorpresa, y retrocedió un paso. Pero desde aquella distancia siguió contemplando a la mujer con sus ojillos un poco oblicuos de mexicano en cuyas venas había vieja sangre india.

—Yo no le he faltado al respeto, señora. Yo sólo he dicho que está usted muy sola, y que es una mujer hermosa, y que yo…

—¡Vete de aquí antes de que te señale la cara con un látigo!

—Está usted muy chula, señora.

La mujer se estremeció. Sus labios estaban tan rojos que parecía como si de ellos fuese a brotar sangre.

—Haré que te acuerdes de esto, Grajales.

—¡Oh, no piense lo contrario señora! Toda la vida me acordaré. ¡Está usted tan hermosa!…

Sus ojos un poco oblicuos seguían mirándola y recorriendo con extraña detención cada relieve de su cuerpo. La mujer extendió bruscamente el brazo derecho y tiró del cordón de una campanilla que había en un ángulo de la pieza. El sonido se extendió cantarín y llegó hasta los últimos y más quietos rincones de la casa.

—¿Qué es lo que pretende hacer, señora?

—Lo vas a ver muy pronto. Y creo que no te va a gustar.

Dos fornidos mexicanos, completamente vestidos de blanco, aparecieron por una puerta lateral. La mujer les señaló al hombre que tenía delante de los ojos.

—Grajales ha dejado de ser vuestro capataz. Llevadlo afuera y arrojadlo de mis tierras, después de darle veinte latigazos.

Los dos mexicanos se miraron un poco incrédulos e indecisos aún. Era mucho el ascendiente que allí tenía Grajales y muchas las veces que habían tenido que inclinar la cabeza ante sus mandatos. Pero la voz de la mujer les sacó de sus vacilaciones.

—¡He dicho que lo llevéis fuera de mis tierras! ¡Y que le propinéis veinte latigazos!

Grajales enseñó los dientes en una sonrisa torcida.

—Le va a ser muy difícil conseguir esto, señora.

—¿Difícil? ¿Por qué? ¿Crees que no va a obedecerme nadie? ¡Pronto te demostraré que soy en esta casa algo más que tú! ¡Vamos, sacadle!

Los dos mexicanos volvieron a mirarse con cierta indecisión. Y fue el más corpulento de los dos el que dijo:

—Desde luego que sí, señora.

Entre ambos sujetaron a Grajales, que hizo toda clase de inútiles esfuerzos para librarse de sus brazos, y lo sacaron de la habitación. Unos minutos después se oían los gritos y denuestos del capataz al ser atado a uno de los postes que había en el pequeño y liso campo situado delante de la casa.

«Veinte latigazos —pensó la mujer—. Nunca he mandado una cosa así. ¿Cómo deben doler veinte latigazos?».

* * *

Ethel salió a la puerta de la casa y contempló el extraño panorama que se extendía ante ella. Primero el antiguo campo con los postes que servían para los caballos. Un poco más allá las casas blancas de los peones, achicharrándose bajo el sol. Y al fondo la llanura lisa como una mano, seca y desierta como el corazón de un muerto.

Sus tierras.

Acres y acres de desierto situados cerca de El Paso, en la zona del interior, extendiéndose indolentes bajo un sol que lo quemaba todo. Centenares de cabezas de ganado que buscaban inútilmente los tallos de hierba fresca y los retazos de sombra. Y la casa, la gran casa de los Wyler, en cuya puerta estaba ahora, y que alzaba orgullosa sus atrevidos arcos hacia el cielo azul de Nuevo México.

La mujer entró en la casa y se dejó caer en una de las sillas del gran vestíbulo, abrumada. Estuvo así unos minutos, tratando de

ordenar sus ideas, pero no pudo. A pesar de esto estaba tan abstraída que sólo levantó la cabeza al oír las pisadas de una mujer cuando ésta ya se encontraba junto a ella.

—¿Me ha hecho llamar, señora?

—No, Isabel, no he hecho llamar a nadie. Pero agradezco el que estés aquí; quizá nunca como en estos momentos he estado tan necesitada de compañía.

—¿Por qué no se marcha una temporada a la capital? Quizá le sentaría bien cambiar de aires durante un tiempo.

La mujer levantó un poco más la cabeza y miró a su doncella, que apenas tendría veinte años, con una sonrisa mitad burlona y mitad triste.

—Nadie puede hacer un viaje con toda seguridad en esta época, después de la guerra civil. Demasiado sabes tú que prácticamente todo el país está en lucha. Pero es que además no puedo dejar abandonada a su suerte esta hacienda; yo soy aquí la dueña y noche y día, suceda lo que suceda, tengo que velar por lo que es mío.

La doncella hizo una breve inclinación.

—Perdone si la he molestado con mis palabras. Pero es que realmente está usted muy sola.

—No te inquietes más por mí, Isabel. Vamos, preocúpate para que dentro de un rato se empiece a preparar la cena para los hombres.

Aquellas palabras equivalían a una despedida, pero Isabel no se movió.

—¿Es que ocurre algo más?

—Sí, señora. Quería decirle que está también aquí el capitán Trevor. Acaba de llegar.

Ethel reflexionó unos instantes.

—Bien. Francamente —vaciló—, no lo esperaba. Pero hazlo pasar al salón y sírvenos luego algún refresco. ¿Ha venido solo el capitán Trevor? ¿No le acompaña nadie?

—No, señora.

—Es un poco loco arriesgándose a venir así. Todo el mundo sabe que estos campos están llenos de partidarios del Sur. Pero, en fin, él sabe lo que hace. Acompáñale.

La doncella salió, caminando de puntillas y con suaves movimientos de paloma. Y entonces, al estar sola de nuevo, la

dueña de la casa se levantó de su asiento irguiéndose, se ajustó un poco el vestido, que era oscuro y ceñido a pesar de lo caluroso de la estación, y pasó a la gran sala de estar, ornamentada con los retratos de los antepasados y donde se recibía a las visitas de compromiso.

Tal vez sea muy fácil creer que una mujer que obra como dueña de una de las mayores haciendas de Nuevo México, con acres y más acres de tierra, centenares de cabezas de ganado y hombres a quienes mandar, sea una dueña de otoñal edad, o con algún mechón de cabellos blancos en las sienes, dedos ensortijados, y vestido largo hasta los pies.

Pues no. La mujer que entró en la sala donde el capitán Trevor la estaba ya esperando no tenía más que veintidós años. Sus cabellos eran sedosos y negros. En sus dedos no había una sola sortija, excepto un aro de prometida, y su vestido, muy atrevido para los gustos de la época, le llegaba sólo hasta un poco más abajo de las rodillas.

Tenía fama, además, de ser la mujer más hermosa de aquellas tierras. Los hombres, cuando estaban a solas, pensaban que sus ojos despedían pasión y que en sus labios latía un maldito fuego.

Por eso el capitán Trevor se inclinó ceremoniosamente al verla entrar, y le besó la mano.

—Lamentaría mucho serle molesto, señora.

—Usted no lo es nunca, capitán Trevor. ¿Quiere sentarse?

Trevor lo hizo. Contaba treinta y cinco años, era muy moreno y se decía que tenía con las mujeres mucha más experiencia que con las armas. Envolvió a la dueña de la casa con una mirada de admiración que quiso ser disimulada, pero que resultó muy patente. Mas al notar la expresión fría, lejana y distanciante de ella, se turbó un poco y se sintió inseguro. Su voz incluso fue vacilante al decir:

—Usted, Ethel, es una de las mujeres más enigmáticas de Nuevo México.

—¿Enigmática? ¿Por qué?

—¡Hum! Ya comprendo que para usted su situación aquí ha de ser molesta muchas veces —dijo el capitán sin contestar directamente—. No es frecuente que una mujer domine una hacienda tan grande y menos adquirida en circunstancias tan especiales como las que concurren en este caso.

—¿Circunstancias especiales? —preguntó Ethel irguiendo un poco la cabeza.

Bueno, tal vez no me he expresado bien. Usted era la prometida del general Wyler, con el que iba a casarse. Y mientras su hija Rosanna no tome estado es usted administradora única de su fortuna. Como esa fortuna es tan grande, una de las mayores de Nuevo México, no le extrañe que la cuestión se haya prestado a comentarios de todas clases.

—Los comentarios no me importan, capitán Trevor.

—Pero las miradas de los hombres, sí. Adivino que ausente para siempre el dueño de esta hacienda, los ojos de los que estuvieron sometidos a él se vuelvan hacia su prometida, la mujer que vive, manda y ordena sola en una de las mayores posesiones del país. Adivino que esos ojos brillantes la siguen a todas partes fatalmente, como el sol va siguiendo su órbita. No he comprendido aún como puede usted resistir aquí, señorita Ethel.

—Por mi energía. Yo soy la dueña de todo esto, y sabré mantenerme en mi lugar mientras me queden fuerzas para dar órdenes.

—¿Cree que podrá mantener esa postura durante mucho tiempo? Después de la capitulación del Sur, el país sufre un verdadero caos.

—¿Qué quiere decir?

—Los rebeldes siguen aún en todas partes. El Gobierno es discutido e insultado en todo el país. Creo que, si alguien decide asaltar y saquear esta hacienda, va usted a estar muy mal protegida.

—Precisamente de ello quería hablarle, capitán —dijo la mujer tras titubear un momento.

—Sabe que estoy a sus órdenes. Y celebro que estas visitas de cumplido que le hago de vez en cuando tengan algún objeto.

—Necesitaría a alguien capacitado para defender a esta hacienda —dijo directamente la mujer.

El capitán sonrió.

—Comprendo que, aunque arme usted a sus hombres, no tenga confianza en ellos. Yo, por mi parte, le enviaría gustosamente un piquete de soldados, pero no dispongo de ellos. Todos mis hombres son pocos para atender a los conflictos que se plantean de una punta a otra de la comarca. Además, mi Regimiento ya no cubre

esta zona. Lo único que puedo hacer es acercarme yo por aquí con alguna mayor frecuencia.

La mujer sospechaba que el capitán significaría un peligro más en aquel caso, más grave incluso que los mismos partidarios del Sur, pero se abstuvo de decirlo. Dando un giro al asunto, comentó:

—¿No es cierto que el Gobierno prometió ayuda a los hacendados que, como yo, se encontraran en situación difícil?

—Cierto, pero esa ayuda sólo puede ser prestada dentro de los límites de nuestras fuerzas. Créame si le digo que los organismos militares ya no pueden hacer más.

—Lo comprendo. Pero ¿y los organismos civiles?

—Hay alguna persona que, aun sin ser militar, podría encargarse de ayudarla a usted —dijo Trevor reflexivamente—. Son agentes del Gobierno que éste pone a disposición de los particulares en casos muy necesarios. Se llaman federales. Ya veré lo que se puede hacer.

—¿Cree usted que podrán ayudarme con cierta rapidez?

—¿Es que empieza a tener miedo, señorita Ethel?

—¡Oh, no! Yo no dejaré de ser aquí la señora o tendrán que matarme. Pero no quisiera que sucediese nada. ¿Qué ciase de ayuda cree que puede conseguirse en concreto, capitán?

—Trataré de enviarle un agente. Uno solo, porque esto no es la capital. Y aunque no creo que materialmente pueda hacer gran cosa en caso de pelea, moralmente será un gran apoyo para usted y un elemento de contención ante los posibles desmanes de los hombres.

Ethel sonrió con una expresión que quería ser agradecida, pero que en realidad continuaba siendo distante.

—Le estaré muy reconocida si usted consigue eso, capitán.

Se puso en pie, dando por terminada la entrevista a pesar de que Isabel no había entrado aún con los refrescos. Casi se alegró de esta circunstancia, pues así no se vería obligada a hacer más larga la visita del capitán. Pero sonriendo gentilmente, dijo:

—Tengo mucho que hacer, capitán. Aunque, naturalmente, si usted desea tomar algo…

—Sólo deseaba verla. Decirle que es usted la mujer más bonita del país y que tiene en mí a un rendido admirador. Le enviaré muy pronto a ese hombre para que proteja la hacienda dentro de lo posible. Tenga la seguridad que me ocuparé de ello esta misma tarde. Pero si algo importante ocurriera póngame un telegrama a El

Paso y será atendida, aunque el retén principal de mis tropas no se encuentra ahora allí.

—Gracias, capitán. Lo tendré en cuenta.

El se inclinó un poco, le besó la mano otra vez y dijo sonriendo:

—Hasta siempre, señorita Ethel…

—Hasta siempre, capitán.

Cuando él hubo salido, la mujer miró a través de la ventana, cubierta con celosías, los campos secos y desiertos que se extendían hasta perderse de vista. Luego se mordió los labios con una actitud de firmeza, y se dijo que haría cualquier cosa por conservar aquello.

Poco a poco ascendió al piso superior. Allí estaba su dormitorio y el de todas las personas que habitaban en la casa, excepto la servidumbre.

Ethel golpeó una puerta y aguardó respuesta.

Al no obtenerla susurró:

—Soy yo, Rosanna. ¿Puedo entrar?

Y desde el otro lado de la puerta, una voz contestó:

—¡Vete! ¡Vete de aquí, maldita!

Era la voz de otra mujer.

* * *

Ethel no se inmutó. Debía estar acostumbrada a que la mujer que se encontraba en aquella habitación la recibiera de aquel modo.

Suspiró con cierto cansancio, hizo girar el pomo de la puerta y entró en la habitación.

Ésta era muy amplia y luminosa, pintada de un suave color blanco crema. Los muebles eran claros y estaban tallados a mano por los más acreditados artesanos del país. Cada uno de ellos era en realidad una joya, digna de figurar en una exposición. En todos los detalles de la pieza se había buscado conseguir un aire de juventud, de belleza, de armonía, y en verdad eso se había logrado plenamente. Sólo al entrar en aquella habitación se sentía como si una mano luminosa acariciara los ojos.

En esta habitación había una sola persona, una mujercita de dieciocho a veinte años. Era morena, pero con algunos extraños mechones claros que hacían más atractivo y daban un aire especial a su rostro. Tenía los labios muy rojos y el cutis muy blanco y muy fino. Lucía un vestido ceñido y claro que marcaba su estrecha

cintura y la suavidad de sus curvas femeninas.

No hubiera sabido decirse si era tan hermosa como Ethel. Seguramente no lo era. Había en ella esa gracia de los primeros relieves femeninos, esa pujanza especial de las primeras curvas de mujer, pero lo que en ella sólo se insinuaba, en Ethel era ya una realidad tan bella y perfecta que todos los hombres la habían calificado como la mujer más hermosa de Nuevo México.

Y como si ella lo supiera, y supiera también el peligro que eso representaba en aquella tierra abrasada por el sol, había en su rostro una expresión de amarga madurez que aún lo hacía más atractivo, más bello y sereno. Pese a tener sólo tres o cuatro años más que Rosanna, parecía haber vivido el doble que ella, como si ya fuese una mujer completa cuando Rosanna nació.

Pero, por lo visto, eso le servía de bien poca cosa en presencia de la muchacha.

—¡He dicho que no quería verte más por aquí! —gritó Rosanna —. ¡Lo he dicho cien veces y no dejaré de gritar hasta que me entiendas!

—Siento haberte molestado, Rosanna. Ya ves que procuro evitar todo roce contigo. Pero ahora necesito hablarte.

—¡Háblame desde fuera de mi habitación! ¡Te oiré perfectamente con la puerta abierta!

Los labios de Ethel se plegaron de repente en una mueca seca y dura.

—No olvides. Rosanna, que yo soy aquí dueña y señora.

—¡Serás dueña y señora de esta casa y de estas tierras, pero de nada más! ¡A mí no puedes mandarme!

—Ni lo pretendo. Rosanna. Pero es evidente que tampoco puedes mandarme tú a mí.

—Es que si tuvieras algún poder en este sentido —dijo con rencor la muchacha— ya me habrías hecho aplicar veinte latigazos.

—Te equivocas. No es ningún pecado pretender ser respetada.

—¡No eres más que una aventurera!

Ethel encajó el insulto con los ojos cerrados, haciendo un movimiento que parecía como de instintivo retroceso. Pero en seguida se repuso y miró fijamente a los ojos de Rosanna.

—¿Por qué una aventurera?

—Porque no eras nadie cuando llegaste aquí. ¡Porque no eres

más que una estúpida señoritinga de la ciudad, hija de una familia arruinada, con muchos blasones, muchos apellidos y muchas deudas! ¡De todo eso sí que os sobraba, la verdad, pero en cambio os faltaban vergüenza y dinero! ¡Y caíste sobre la hacienda de los Wyler igual que los buitres y los cuervos caen sobre una presa muerta!

—Tener apellidos y blasones nunca ha sido oprobio para nadie —silbó Ethel por entre los dientes, haciendo esfuerzos para ignorar la mitad de los insultos.

—Pero sí lo ha sido el tener deudas que no se puede ni se piensa pagar.

—Mi familia se arruinó como pudo haberse arruinado la tuya. Rosanna. Mi padre no era un modelo de administradores, y cuando la ruina estaba ya declarada, entre mi madre y yo luchamos tenazmente contra la miseria. No creo que ignores que mi madre enseñaba labores y música a las hijas de familias acomodadas, y que ni el mismo día de morir faltó a sus obligaciones. En cuanto a mí, no tuve inconveniente en recorrer largas millas a caballo para dar clases a hijas de familias ricas que sabían menos que yo.

Rosanna se mordió rabiosamente los labios, y sus facciones se transfiguraron unos instantes.

—Supongo que yo sería la más estúpida hija de esas familias acomodadas que sabían menos que tú, ¿verdad?

—Ni la más estúpida ni la más lista. Eras una muchacha como todas.

—Pero mi padre sí que no era como los otros…

—¿Qué insinúas. Rosanna?

—Que desde que entraste en esta casa lo hiciste con un plan bien determinado. Mi padre era un viudo de sólo cuarenta y cinco años y cargado de dólares; había de ser para ti la presa más fácil que podías imaginar. Desde la primera lección de piano que me diste, desde el primer bordado que hice bajo la dirección de tus manos, desde la primera lectura que me aconsejaste, todos tus pensamientos seguían ya un camino bien definido, un plan. Te habías propuesto convertirte en la dueña de esta hacienda y lo conseguirás cuando te cases con mi padre. Te convertirás además en alguien que tendrá plena autoridad sobre mí; En mi madrastra.

—¡Tu madrastra! Pronuncias esa palabra como si encerrara un

insulto o una maldición.

—En este caso así es.

—¡Basta de estupideces y de crueldades, Rosanna! —dijo Ethel apretando los puños con una energía casi masculina—. ¡Si tu padre era un hombre hastiado de soledad, tú tuviste la culpa! ¡Y si él necesitaba compañía, yo también estaba aburrida de no tenerla! ¡Nos encontramos los dos en el silencio de esta casa como si fuéramos los únicos habitantes del mundo! ¡Y lo que tenía que suceder sucedió, Rosanna! ¡Nuestras soledades se buscaron! ¡Nuestros corazones vacíos buscaron llenarse de algo! ¡Y si me prometí a tu padre fue pensando que en aquel momento no podía encontrar hombre mejor, y que no era verdad nada de lo que de él decían!

—Claro, por supuesto —dijo sarcásticamente, Rosanna—. No podías encontrar hombre mejor.

—Yo aprecio el dinero. Rosanna, pero precisamente por eso sé darle su valor exacto. Si tu padre no hubiese tenido más que dinero, yo en modo alguno me hubiese prometido a él.

—¿No?

—¡No! Porque sobre todo cuanto pudiera haber en él de fortuna y opulencia, tu padre me trató siempre como si fuera una muchachita a la que un simple roce en la mano pudiera ofender…

—Ya sé que no eres una muchachita a la que un simple roce en la mano pueda ofender —saltó rabiosa Rosanna—. Necesitas bastante más…

Ethel apretó los labios, y, avanzando un paso, abofeteó a Rosanna. La abofeteó dos veces con rabia y al mismo tiempo con una especie de dolor. Parecía como si los golpes los estuviese recibiendo ella misma. Rosanna cayó sobre el lecho sollozando, y Ethel cerró unos instantes los ojos como si hubiese sentido vértigo.

—Debieras avergonzarte —susurró—. No es eso lo que yo te enseñé ni lo que tu padre deseaba que hubieses aprendido.

—¡No me lo han enseñado tus palabras, pero sí me lo han enseñado tus hechos! —Escupió Rosanna desde el lecho, alzando un momento la cabeza—. ¡No me convencerás nunca de que no entraste en esta casa con una idea preconcebida! ¡Y por mucho que lo niegues, nunca creeré que no quisiste enamorar a mi padre!

—No hice nada para enamorarle ni para desengañarle —susurró

Ethel, de tal modo que apenas fue posible oírle—. Nuestra relación nació por la misma fuerza de las cosas, y nos encontramos prometidos casi sin haberlo pensado siquiera. Pero nuestro noviazgo fue tan digno que ni aun en esta tierra de la maledicencia dio nada que hablar.

—¡No! ¡Si hasta querrás hacerme creer que estabas enamorada de mi padre!

—Nunca lo estuve —susurró Ethel—. Creo que es más digno decirte la verdad. Sentía por él un gran respeto, pero aún no sé qué es el amor, y mi corazón es en este sentido tan inexperto y tan virgen como el de una niña que acaba de nacer.

—Con la diferencia de que tú ya no eres una niña.

—No, y eso me hace temblar. No sé lo que ocurrirá cuando de veras conozca el amor. No sé de lo que seré capaz.

* * *

Las dos mujeres estaban solas en la mesa. Los criados se habían retirado ya, y en el espacioso comedor sólo brillaban dos de las seis preciosas lámparas de petróleo. Por primera vez en mucho tiempo, Rosanna había accedido a cenar en compañía de Ethel, pero parecía como si lo hubiese hecho para así poder insultarla mejor. Durante toda la cena, en presencia de los criados, no había dejado de dirigirle indirectas y toda clase de frases hirientes.

Ethel había guardado silencio, como si pretendiera desvirtuar todas aquellas frases no dándoles importancia. Pero sabía que oídos ajenos las captaban, y que todas juntas iban formando una capa de aire irrespirable en la atmósfera de la casa.

Al fin a aquella hora, cuando ya estaban solas, Rosanna saltó:

—Ahora comprendo por qué has hablado tanto de la caballerosidad de mi padre. Legalmente no eras nada para él y, sin embargo, te ha reconocido en su testamento como dueña y señora de todo esto.

—No es una cosa tan sensacional y extraña como tú crees. Demasiado sabes que la ruina de mi padre comenzó, ya hace muchos años, cuando el tuyo le retiró su crédito en un negocio que habían emprendido juntos. Fue una mala acción, una de esas que a los hombres les cuesta olvidar cuando aquello ha sido el origen del declive de su familia. Por eso, en vida de mi padre, no me hubiese

atrevido a soñar en dar clases aquí. Pasar por esta puerta en calidad de sirvienta distinguida fue para mí una humillación que tú no puedes imaginarte.

—¡Y has tratado de vengarte bien! ¡Lo has conseguido plenamente! ¡Ahora eres la dueña!

—No olvides que tu padre tenía un deber de conciencia que cumplir, y al dictar testamento quiso resarcirme de algún modo, nombrando provisionalmente dueña de todo esto a la hija del hombre cuya ruina él inició.

—La palabra «provisionalmente» es la única que me consuela —silbó entre dientes Rosanna.

—Lo comprendo. Arderás en deseos de casarte con ese desconocido llamado Sergio Luján, con ese fantasma a quien para marido te designó tu padre, en un momento de poca inspiración.

—¿Por qué poca inspiración? ¿Porque vendrá a deshacer tus proyectos?

—Ningún proyecto mío se verá deshecho por esta boda, Rosanna. Sé bien cuál es mi papel aquí, y no me dedico a levantar castillos en el aire. Tu padre quería unir a dos viejas familias, la tuya con la de los Luján, y por esto ordenó en el testamento que debías casarte con Sergio. Hasta que lo hicieras, yo sería como la dueña de todo esto. Pero cuando se celebre la boda pasaría a disponer sólo de la mitad de la hacienda, parte que quedaría para mí en definitiva propiedad.

—¿Y si la boda no llega a celebrarse? —sonrió Rosanna con una expresión que hacía desagradables unas facciones tan hermosas como las suyas.

Ethel desvió unos instantes su mirada.

—Tu padre tenía gran interés en este enlace —dijo— y contaba con mi influencia para que llegara a ser una realidad. Por eso me dejó la mitad de sus bienes, lo que equivale a una fortuna, si el enlace se efectuaba. Pero si no es así, yo quedaré completamente desposeída de todo salvo una pequeña suma. Es una condición muy dura, pero comprendo que no me queda más remedio que aceptarla.

La expresión de Rosanna, tan dulce habitualmente, reflejaba ahora un maligno placer.

—¿Te das cuenta de que tengo en mis manos la posibilidad de que salgas de aquí expulsada como un perro?

—No lo harás, Rosanna, porque sabes lo que te conviene. Lee con más atención la copia del testamento y observarás que no tienes más remedio que casarte con Sergio Luján, ese hombre a quien ni siquiera has visto nunca. Porque si no lo hicieras, esta fortuna que de todos modos heredarías, ya no pasaría a tus hijos, a los hijos que pudieras tener con otro, sino al Estado. Y tú, la última descendiente de los Wyler, no serás tan necia para hacer que tus futuros hijos lo pierdan todo sólo por un simple capricho de chiquilla.

—Los hijos que no conozco aún, nada me importan, Ethel, Si tienen que trabajar para vivir, que trabajen. Si su espalda tiene que doblarse bajo el sol, que se doble. Pero a ti sí que te conozco. Ethel. Y haré lo posible para arruinarte. ¡No me casaré con Sergio Luján ni aunque sea el hombre más guapo del mundo!

»Lo que me conviene es verte lejos de aquí; saber que no tienes ni la mitad de la hacienda. Te he dicho antes que esa boda estropearía tus planes porque dejarías de ser dueña y señora para ser simplemente la dueña de la mitad. ¡Pero aún hay algo mejor, y es saber que no eres dueña de nada! ¡No me casaré con Sergio Luján y tú tendrás que marchar de aquí llevándote sólo lo que trajiste y mordiéndote los puños de rabia, como la mujer de un peón a la que arrojan de la casa!

—Yo soy algo peor que la mujer de un peón —dijo Ethel con una expresión extrañamente dulce—. Según tú, no soy más que una miserable aventurera.

Se puso en pie, y fue entonces cuando, en contra de su voluntad. Rosanna tuvo que pensar que Ethel era la mujer más hermosa que había visto, la más completa. Sin duda era más hermosa de lo que ella jamás llegaría a ser.

—Empieza a pensar en todo esto —dijo con un tono de despecho.

—¡Bah! —sonrió Ethel—. ¡A lo mejor Sergio Luján tarda en llegar todavía mucho tiempo!

CAPÍTULO II

El Paso era la ciudad más próxima a la gran hacienda de los Wyler. De hecho las tierras de éstos lindaban casi con las del municipio. Se podía ir a El Paso a caballo o en carruaje en una hora, y desde tiempo inmemorial aquél había sido el lugar a donde los elementos masculinos acudían a divertirse.

Lo que tal vez no había ocurrido nunca era que allí acudiese a divertirse, o simplemente a cambiar de aires, una mujer.

Por eso el cochero, cuando Ethel más guapa y arreglada que nunca, se acomodó en el asiento y dijo: «Vamos a El Paso», estuvo a punto de sufrir algo así como un síncope.

—¿Ha dicho a El Paso, señora?

—Sí. ¿Para qué crees, si no, que te he ordenado que prepararas el coche?

—Creí que pensaba dar un paseo por las tierras.

—Las conozco ya palmo a palmo, Juan. Y en cambio me interesa ir a El Paso. ¿Es que ocurre algo?

—Son las diez de la noche, señora.

—La hora en que todo empieza a estar animado, ¿no es cierto?

—¡Ejem! Sí, señora.

Excitó suavemente los caballos y éstos emprendieron el trote hacia la ciudad a través de los campos llenos de silencio.

Mientras la suave brisa acariciaba su rostro, Ethel pensaba que nada había tan hermoso como aquellas noches de bucólica luna, como aquel extraño y enervante olor de los campos en barbecho, cuando devolvían el calor del día envuelto en los mil perfumes misteriosos de la tierra. Y en estos momentos, su corazón que aún estaba virgen para el amor, sentía algo que no había sentido nunca y que no sabía explicarse, algo que llenaba sus pensamientos, su

sangre, su vida entera. «Debe ser un presentimiento —se dijo mientras veía brillar a lo lejos las asimétricas luces de El Paso—. Es como si todo me avisase de algo que yo todavía no he llegado a comprender…».

El Paso era una ciudad pobre donde había unos cuantos ricos. Con esto se comprenderá que toda la población estaba repartida entre unos cuantos poderosos. Había allí un casino donde las personas acomodadas jugaban hasta altas horas de la noche, y donde alguna vez se habían registrado escándalos. Aunque estos escándalos habían sido siempre producidos por borracheras y por pérdidas en el juego, ninguna mujer decente se hubiera atrevido a entrar en el casino a partir de las diez de la noche, a menos que fuera acompañada por alguien muy respetado en la ciudad.

Por eso el cochero tuvo su segundo susto cuando oyó decir a Ethel:

—Vamos al casino, Juan.

—¿Al casino? Yo creí que quería dar usted un paseo, señora.

—Quiero ver un ambiente que me interesa y que no conozco: el ambiente del juego. Lléveme al casino y aguárdeme a la puerta. No estaré mucho tiempo allí.

—Bien, señora, como usted desee. Pero me permito decirle que estaré muy atento por si alguien la molesta.

—No me molestará nadie, descuida. No daré oportunidades.

Ethel descendió del coche y entró en lo que, para el ambiente en que estaba situado, podía llamarse suntuoso edificio. Constaba de dos plantas, y tanto las baldosas como las columnas del vestíbulo eran de legítimo mármol. Alegres plantas tropicales decoraban las escaleras que subían al piso superior y tapaban algunos desconchados en las paredes de estuco. En el vestíbulo había un gran retrato de Lincoln, al que odiaban los del Sur, y un cuadro con los socios de honor. Todo en aquel ambiente hablaba de una clase, de una aristocracia rural, que estaba a punto de hundirse y que era ya como una estrella que lanza en el firmamento los últimos vestigios de resplandor, aunque en realidad ya esté muerta por dentro. Los uniformes de los lacayos parecían anacrónicos teniendo en cuenta que un poco más allá, al lado de la plaza, había miserables casas de peones donde muchas gentes no tenían con qué cubrirse. Y en la sala superior se apostaban sumas que hubieran

bastado para vivir a una familia durante un año. Pero Ethel no conocía este ambiente y por eso mismo quería entrar en él antes de que a El Paso llegase una nueva época.

En la escalera se cruzó con dos hombres elegantemente vestidos que pusieron unos ojos como platos al verla subir, y que inmediatamente volvieron sobre sus pasos y regresaron al piso superior como si en él hubiesen olvidado algo.

En este piso, en la planta alta del casino, todas las mesas estaban dedicadas al juego. Se celebraban en ellas unas interminables partidas en las que eran cruzadas fuertes apuestas en pesos mexicanos, ya que los hacendados sureños que se reunían allí no consideraban demasiado sólida la moneda del Norte. Pero la principal atracción de aquel piso consistía en una mesa de ruleta que había sido instalada un año antes, y donde era fama, se habían perdido ya varias fincas de las más hermosas del territorio. Esta noche, y alrededor de la mesa de la ruleta, había reunidas al menos una docena de personas.

Un sordo rumor se elevó al entrar Ethel allí. Un rumor que procedía de todas partes, como una oculta amenaza, menos de la mesa de ruleta.

Ethel se acercó a ella poco a poco y un tanto defraudada y sorprendida, pues toda mujer espera en secreto llamar firmemente la atención cuando penetra en un ambiente que tradicionalmente solo han frecuentado los hombres. Pero no tardó en darse cuenta de que en la mesa de ruleta había algo que llamaba la atención mucho más que ella. Ese algo eran las fuertes apuestas que se cruzaban, y en las que tomaba parte primordial un hombre joven.

Todos se hallaban pendientes de él. Cuando Ethel llegó junto a la mesa, estaba jugando mil dólares al siete encarnado.

—No va más —anunció el *croupier*.

La bolita saltó, empezó a girar y a girar, alocada e indecisa, y al fin se detuvo en un número.

—¡Siete encarnado! —gritó el *croupier*.

La raqueta tendió hacia el hombre una cantidad de dinero que al menos equivalía a cinco mil dólares. Para simplificar el juego, en El Paso no se jugaba con fichas si no con piezas de oro. Se produjo un rumor de admiración y de envidia, porque al parecer ésta era la noche de aquel hombre. Pero lo más extraño del caso era que el

ganador no demostraba la menor alegría, ya que en sus ojos había la misma luz aburrida que si estuviese jugando a la guerra de barcos con los sobrinos en una lluviosa tarde de domingo. Cuando la raqueta dejó ante él la rutilante montaña de oro. Ni siquiera la miró.

—Tiene usted mucha suerte hoy, señor Roberts —dijo el que estaba sentado frente a él, un grasiento mexicano de unos cincuenta años, de quien Ethel había oído decir que ya no le quedaba por empeñar más que la camisa de los domingos.

—Sí, tengo suerte —reconoció el otro—. La fortuna es así, como las mujeres, que más cerca están cuanto peor se las trata. Observarán que he jugado tres veces seguidas al siete sin que me fallara una sola vez, lo cual es absurdo según las reglas del juego.

El hombre tenía una voz bien timbrada, suave, pero que parecía un poco cansada, como si todo aquello, desde luego, le aburriese.

—¿Cree usted de veras que las mujeres están más cerca cuanto peor se las trata?

Era Ethel la que había hecho aquella pregunta. Los ojos de todos se volvieron hacia ella, y en primer lugar los del hombre que había ganado la última apuesta, quien se irguió con una extraña mirada en sus ojos grises, mitad de admiración y mitad de asombro.

—¡Señorita Ethel! —susurró el mexicano que acababa de perder —. ¿Usted por aquí?

—Parecen ustedes muy sorprendidos —sonrió Ethel—. ¿Es que hay algo de malo en ello? Sé que las esposas de algunos de ustedes vienen de vez en cuando a presenciar las partidas…

—Sí, pero…

—Yo todavía no tengo esposo que me acompañe, señores —dijo con desenvoltura— pero quería conocer este ambiente que es completamente nuevo para mí. Al fin y al cabo estoy entre caballeros, ¿no es cierto?

—¡Oh, sí, claro…!

Los hombres la miraban con cara de perros a los que acababan de poner un bozal.

—No sé si será una ofensa —dijo el mexicano que poco antes había perdido—, pero ya que está usted aquí, ¿quiere jugar, señorita Ethel?

Fue extraño pero Ethel miró al hombre que estaba al otro lado

de la mesa. Lo hizo sin querer, sin pensarlo y, sin embargo, ya sabía, cuando dirigió la mirada hacia él, que jugaría o no según la expresión que advirtiera en aquellos ojos. Y la expresión que encontró fue de desafío. Una fría, reconcentrada y un poco burlona expresión de desafío. Musitó:

—Jugaré.

El mexicano le cedió su asiento, y Ethel quedó frente aquel hombre.

—Ya que va usted a jugar —preguntó éste—, ¿será muy indiscreto preguntarle si tiene experiencia?

—Ya lo ha oído usted. Ninguna —dijo Ethel con expresión un poco distante.

—En tal caso le aconsejo que no juegue cantidades superiores a los cinco pesos. No es que la ruleta sea un juego difícil, pero cuesta conseguir el tacto que cada ocasión requiere.

—Está usted insultando a la señorita, señor Roberts —dijo una voz al fondo de la mesa.

—¿Por qué?

—Ella tiene quizá la fortuna más importante de El Paso. Esos doce o catorce mil pesos que usted tiene encima de la mesa, a su lado, son para la señorita Ethel como las migajas de pan que arrojamos a los pájaros. Quizá nunca se ha sentado a esta mesa de juego una persona tan rica como ella.

—Ni tan hermosa —dijo Roberts inclinándose un poco, con una especie de reverencia.

—¿Trata usted tan mal a las mujeres como a la suerte, señor Roberts? —preguntó ella.

—Las mujeres siempre me han parecido más peligrosas que el juego, señorita. Pero si se refiere usted a lo que acabamos de hablar, yo sólo he querido aconsejarla.

—Ciertamente —dijo la voz al fondo de la mesa—, no deja de haber verdad en las palabras de Roberts. Al principio es probable que pierda usted todo lo que arriesgue, señorita Ethel.

—No puedo arriesgar mucho —sonrió ella—. Todos ustedes saben que yo puedo administrar la hacienda de los Wyler, pero no disponer de ella, al menos en lo que pueda mermarla considerablemente. De modo que me limitaré a jugar las cantidades que arriesgaría una mujer sensata, cosa que ustedes no creen que yo

sea.

—¿Por qué? —preguntó otra vez. Prácticamente todo el personal del casino se había reunido en torno de aquella mesa.

Porque al ver aquí a una mujer sola y a estas horas debe parecerles algo así como una monstruosidad.

—Es usted muy libre de hacer lo que le parezca —dijo Roberts anticipándose a cualquier otra respuesta, mientras la miraba fijamente—. Y ahora, si lo que usted ha venido era a jugar, ¿por qué no juega?

La frase le pareció a Ethel un poco burlona. Tras morderse unos segundos los labios respondió:

—¿Contra usted, señor Roberts?

—Puede jugar todo el que quiera. Pero no sé por qué parece que los que vamos a arriesgar más somos usted y yo.

Señaló la enorme pila de monedas y preguntó:

—¿Con qué cuenta?

Ethel se desprendió del collar de perlas que adornaba su cuello y lo tendió al *croupier*.

—¿En cuánto lo tasa?

—Quince mil pesos —dijo el otro tras examinarlo un instante—. Por lo menos.

—¿Acepta usted la apuesta? —preguntó ella a Roberts.

—¿Cómo no? ¿Todo a una tirada?

—Todo a una tirada.

Hubo en la mesa un sordo y prolongado rumor. Ethel oía los comentarios a su espalda como un enjambre de abejas. Y se decía que si el juego, por el que muchos hombres perdían la cabeza, era esto, no comprendía cómo el casino podía ir tanta gente. Pero al instante, al mirar a Roberts, la sensación de que podría derrotar a aquel hombre le hizo sentir como un estremecimiento de placer en la espalda.

Mientras Roberts contaba parsimoniosamente las monedas que tenía sobre la mesa, ella le contempló con atención. Debía ser yanqui por su apellido, aunque su pronunciación sureña era perfecta. En su rostro oscuro destacaban poderosamente sus ojos claros, y sus labios eran intensamente rojos y tan bien formados que a pesar de su línea varonil hubiesen podido causar la envidia de más de una mujer. Tenía unas manos fuertes, grandes, que no

parecían las de un señorito, sino las de un hombre acostumbrado a trabajar. Cuando él se puso en pie Ethel había observado ya que era un hombre alto, bien formado, y excepcionalmente fuerte. Se dijo que quizá era el hombre más atractivo que conociera en toda su vida, pero tal vez por eso mismo se produjo en ella como un sentimiento de rebeldía, como un deseo de vencer a aquel hombre, al que adivinaba a su misma altura.

—¿A qué color y a qué número juega? —preguntó mirándole al fondo de los ojos.

El sonrió.

—Al siete.

—¿Pero es posible? ¿Es que cree que la suerte se puede repetir otra vez?

—Los números, como las mujeres, siempre vuelven y siempre se repiten —dijo él, envolviéndola en una mirada tan indiferente que hasta parecía aburrida.

—Tiene usted unas teorías muy originales, señor Roberts. Ya que usted juega al siete, yo voy a hacerlo a un número que no gustará a nadie: Al trece.

—Ese número es muy feo —dijo el *croupier*—. Y será casualidad o no, pero sale muy pocas veces.

—¡No importa! ¡El trece! —dijo Ethel.

Entre murmullos de excitación, los hombres que rodeaban la mesa pusieron sus cantidades. La mesa, cuando la ruleta empezó a dar vueltas, parecía una montaña de oro. La bolita giró, indecisa y loca, como antes, y al fin se detuvo en un número. El croupier, con los ojos muy abiertos, gritó:

—¡El trece negro!

Una verdadera conmoción se produjo en la sala. Todos se inclinaron sobre Ethel a cuyo lado fue a parar impulsada por la raqueta una suma que hubiera bastado para financiar durante un mes una revolución en el Sur.

Ella miró triunfante hacia Roberts, esperando ver en el rostro de éste las huellas de la decepción. Los ojos de Roberts seguían reflejando tanto aburrimiento como al principio y ni siquiera habían seguido el movimiento de la raqueta cuando ésta apartó de junto a él toda aquella montaña de oro.

—¿Sigue creyendo en la conveniencia de dar malos tratos tanto

a las mujeres como al juego? —preguntó burlonamente Ethel.

—Sí.

—¿Es que acaso quiere jugar más… señor…? ¿Cómo ha dicho que se llamaba? —preguntó ella con indiferencia.

—Roberts. Me llamo Roberts. Y desde luego, quiero jugar más.

—No permitiré su corbata como apuesta —susurró ella—. Está usada.

Hubo una estentórea carcajada en torno a la mesa. Pero Roberts no se ofendió.

—Creo que aún tengo algo mejor que mi corbata. Veamos.

Levanto un maletín de piel que tenía entre sus pies, y lo abrió. Dentro había una enorme cantidad de monedas de oro. Quizá otros quince mil pesos. Aquel maletín debía pesar tanto como la conciencia de quien hubiera dejado morir a su padre de hambre.

—¿Es que se trae siempre una maleta llena de oro para jugar, señor? —preguntó Ethel, sin poder disimular su asombro.

—No, no tengo esa costumbre. Es la primera vez que hago esto. Pero supongo que si alguna otra vez volvemos a encontramos, tendré que traer un baúl.

—Se cree usted muy gracioso, señor Roberts. Todo eso lo ocurre por no llevar una sola joya de valor. ¿Cuánto apuesta?

—Hay aquí dieciséis mil pesos. ¿Van ocho mil?

—Ocho mil —respondió Ethel—. Al trece.

—Al siete —murmuró él, mirándola con unos ojos entrecerrados donde latía el desafío.

Los espectadores jugaron también ahora en medio de un gran silencio. La ruleta giró, saltó la bolita, y todos los ojos se dilataron siguiendo sus movimientos. Todos los ojos menos los de Roberts, cuyos párpados ni siquiera temblaron cuando el *croupier* gritó:

—¡Trece negro!

Otra vez se produjeron en la sala auténticos alaridos Ahora habían subido a ver lo que pasaba incluso los lacayos del piso inferior. Ethel sintió por segunda vez un escalofrío de placer al pensar que había derrotado a aquel hombre, y por segunda vez en aquella noche, sus labios tuvieron que plegarse con despecho al ver que él ni siquiera había puesto atención a lo ocurrido en la mesa.

—Tiene usted suerte —dijo al fin—. El trece negro le prueba.

—A los hombres y a la suerte, hay que tratarlos mal —dijo ella

con una sonrisa felina.

—Celebro que tengamos los mismos puntos de vista —musitó él—. Si he dicho que hay que tratar mal a las mujeres, imagínese cómo habrá que tratar a los hombres. ¿Van los restantes ocho mil pesos? Después de esto, a mí ya no me quedará más.

—En tal caso le aconsejo que reflexione, hombre sabio. Cuesta dominar los secretos de la ruleta, aunque éste no sea un juego difícil —dijo ella devolviéndole la moneda.

—No acostumbro a reflexionar, señorita Ethel —dijo él mirándole a los ojos—. En esto también me parezco a usted. De modo que si no se asusta y sus niños no la esperan en casa, van mis restantes ocho mil pesos al siete.

Las mejillas de Ethel se encendieron como la grana al oír el insulto. Uno de los hombres que había en torno a la mesa miró a Roberts con expresión de desafío.

—Es la tercera vez que le vemos por aquí, señor —dijo—. Pero delante de mí no se insulta a una mujer. Y si en su tierra es costumbre hacerlo, aquí clavamos una bala entre los ojos por la mitad de lo que usted ha dicho. De modo que retire inmediatamente sus palabras o le mataré como a un perro en cualquier calleja oscura de las que rodean el casino. Hay una donde se amontonan las basuras y que será ideal para usted.

El sureño no hablaba en broma y cualquier otro hombre que no hubiese sido Roberts habría reaccionado ante aquellas palabras. Pero a él ni siquiera parecieron afectarle un poco. Resbalaron sencillamente sobre su piel. Desvió ligeramente la mirada y dijo:

—No me han entendido bien. No he dicho que la señorita Ethel tenga niños, pues en ese caso no nos deslumbraría a todos como nos deslumbra. He querido decir que tal vez sea la encargada de cuidar de los niños de una casa rica. ¿O me equivoco, hada?

La mujer se mordió los labios, mientras el mexicano que antes hablara se ponía ya en pie.

—Nunca he cuidado niños, señor Roberts —silbó ella— aunque si tengo que educar a una jovencita. No me avergüenzo de hacerlo puesto que educar a alguien es una cosa que usted, sin duda, no sabría hacer. Por lo demás, puede usted retirar sus palabras o no, como guste, puesto que por mi parte me consideraré satisfecha dejándole sin un centavo.

—Yo no me consideraré tan satisfecho —dijo el sureño.

—Es usted una persona dotada de gran nobleza —repuso Roberts mirándole—. Si yo no fuera un mal bicho hubiera reaccionado como usted en circunstancias parecidas. Pero eso hace que le admire más. De modo que, ya que la señorita no se da por ofendida le propongo que dejemos esto y lo olvidemos como se olvidan las frases sin importancia. Lamentaría que una riña originase la muerte de un hombre tan valioso como usted.

—¡Apuesten! ¡Hagan juego, señores! —gritó el *croupier* para que se desvaneciera la atmósfera de tirantez que se había formado en torno a la mesa.

—Siete rojo —dijo Roberts.

Y Ethel contestó:

—Trece negro.

Las apuestas fueron colocadas encima de los números. La bolita volvió a saltar y todos contuvieron la respiración. Esa respiración siguió cortada cuando el *croupier*, casi sin aliento, jadeó:

—¡Trece! ¡El trece negro!

Ethel miró a Roberts. Y esta vez sí que creyó advertir cierta expresión en su rostro, pero no fue de pena, sino más bien de alivio. Perder hasta el último centavo debió ser un descanso para él al relajar sus nervios, que habían estado en una invisible tensión a causa de la tirantez del juego.

—Ha ganado usted una fortuna, señorita Ethel —dijo—, y eso quizá borre un poco mi incorrección anterior. En estas circunstancias, ¿puede usted concretar conmigo una pequeña operación comercial?

—¿Es que quiere usted un préstamo para poder seguir jugando? —Silbó la muchacha.

—¡Oh, no! Pretendo venderle mi maletín. Nada más por eso. Creo que lo va a necesitar usted para llevarse todo ese dinero a su casa.

—¿Su maletín? Es cierto que me sería útil para llevarme todo esto. ¿Pero qué pide usted por él?

—El precio que pido por él es que me permita invitarla a tomar una copa.

Ethel echó un poco la cabeza hacia atrás, sorprendida. Supo en ese momento que nunca acabaría de entender a aquel hombre. El la

miró fijamente, y en sus ojos grises apareció una chispita de admiración que ahora ya no disimulaba.

—¿Acepta?

—Creo que hace usted un mal negocio. Pero ha hecho ya tantos otros malos esta noche que no importará uno más. Acepto.

Roberts se irguió en toda su alta estatura. Medía casi un metro ochenta y aún lo parecía más a causa de su inmaculado traje gris. Desde luego vestía mejor que cualquier otro hombre de la población. Se adivinaba en él al hombre llegado de un país próspero, del Norte que acababa de ganar la guerra. Hizo una cortés reverencia a todos y musitó:

—Celebraría, señores, que mis absurdas jugadas les hubiesen servido al menos de diversión. Espero que nos seamos otras noches. ¿Vamos, señorita Ethel?

Estaba ya inclinado ante ella, sonriendo. Sin poderlo evitar Ethel se turbó.

—Vamos —accedió poniéndose en pie.

El salón daba a una terraza cuyas puertas estaban abiertas. En esta terraza había unas mesas y algunas macetas con flores. Pero había sobre todo quietud y silencio y una maravillosa luna. Todo El Paso parecía dormir mansamente bajo los arcos desnudos de aquella terraza entre los que jugaba la luna, y a unos metros de los cuales estaba el apasionado México.

—Siéntese, señorita Ethel —invitó él—. ¿Qué va usted a tomar?

Ella miró con expresión de duda al solícito camarero, un hombre moreno, bajito y sinuoso que había iniciado ya una reverencia.

—No sé. Tal vez un refresco de piña.

—Dos refrescos de piña —encargó Roberts. Y luego se sentó él también, apoyando un codo en la balaustrada de la terraza y mirando con expresión reconcentrada las débiles luces de El Paso extendidas bajo sus ojos.

—¿No había estado nunca aquí, señor Roberts? —preguntó Ethel, dominada por una extraña curiosidad.

—Yo nunca.

—¿Viene usted acaso de los Estados del Norte?

—¡Oh, no! —sonrió él, como si acabase de sugerirle algo que no pudiera ser de ningún modo—. Vengo de cualquier parte. Soy un aventurero.

—¿Y a qué obedece su visita a nuestra ciudad, si es que cree que puedo saberlo?

El hizo un gesto vago.

—Negocios…

Volvió otra vez la cabeza y contemplo nuevamente las luces mortecinas de la población, sin prestar más atención a Ethel. Ésta sintió que la ira iba aumentando en su corazón de un modo fatal, incontenible y supo también que esta ira se transformaría pronto en un implacable odio. ¿Para qué la había invitado él si ni siquiera la miraba? ¿O es que acaso quería continuar la burla que ya había iniciado en la mesa de juego?

Era muy extraño lo que sucedía con aquel hombre. Ethel, en una racha de suerte que ni ella misma podía comprender ahora, le había dejado sin un peso, lo que lógicamente debía hacerle sentir ante él triunfante y altiva y hasta desdeñosa. Y. sin embargo, era lo contrario. Era él el que la vencía con su indiferencia, con aquel silencio donde parecía latir un profundo desdén. Ethel se vio reducida sin quererlo a las últimas fronteras de su condición de mujer. Se dio cuenta de que no tenía más remedio que insultar a aquel hombre para llamar su atención lo que al fin y al cabo venía a ser como un modo de confesarse derrotada.

Esperó que les sirviesen los refrescos, bebió un trago del suyo y entonces dijo:

—¿Es usted siempre tan maleducado, señor Roberts?

—¿Yo maleducado? ¿Por qué? —preguntó él mirándole con una expresión de burlona inocencia.

—Me ha invitado a beber con usted y ni siquiera me dirige la palabra. Creo que ni tan sólo me ha mirado. ¿Qué clase de animales cree usted que somos las mujeres, señor Roberts? ¿Algo así como los perros, cuya obligación es estarse quietos, mientras el amo contempla un paisaje?

El sonrió con una expresión lejana y distraída que otra vez dejó desorientada a Ethel.

—Es usted demasiado hermosa, señorita. Y cuando un hombre tropieza en su camino con una mujer demasiado hermosa, lo mejor que puede hacer es no fijarse mucho en ella.

—¡Vaya! ¡Sabe decir cumplidos y todo! ¡Ya sabe hacer algo más aparte de perder el dinero!

—Perder dinero es difícil —sonrió él—. Yo me atrevería a decir que es un verdadero arte. No todo el mundo sabe hacerlo bien.

—Para perder una fortuna con esta indiferencia debe usted ser muy rico —musitó ella.

—¿Rico yo? —Él le mostró las manos, que no parecían las de un labriego, pero sí las de un hombre que las ha empleado para el trabajo—. No lo crea: los aventureros no siempre nadamos en oro.

En la minuciosa mirada con que ella le envolvió ahora hubo un inacabable e infinito desprecio.

—Me parece usted uno de los elementos humanos más bajos que he conocido, señor Roberts —escupió—. Uno de esos bichos despreciables que tienen metida en el alma la pasión por el juego y que la satisfacen como sea y a costa de lo que sea, aunque lesionen los más sagrados interesas de los otros, Creo no equivocarme si le digo que es usted empleado de confianza o pagador de un banquero, y que se ha jugado el dinero del prójimo.

El se encogió de hombros.

—Algo así.

—¿Y lo dice con esta indiferencia, con esta falta de escrúpulos, como si hablara de lo más natural del mundo? ¿Qué clase de treta empleará ahora para justificar la falta de dinero? ¿O qué piensa hacer para recuperarlo? ¿Atracarme tal vez?

El se encogió de hombros nuevamente.

—¿Atracarla? ¡Oh no! Pienso hacer algo mucho más sencillo.

—¿Mucho más sencillo? ¿Qué es?

—Casarme con usted.

Los músculos de Ethel sufrieron una sacudida tan intensa que sin darse cuenta estuvo a punto de ponerse en pie. Sintió confusamente que sus bien cuidadas uñas arañaban la madera del velador. Y. su voz brotó silbante cuando dijo:

—Se burla usted de mí porque soy una mujer. Ahora lamento de veras que ese hombre, el que le desafió antes en el salón, no le haya matado.

Roberts extrajo cansadamente de una funda axilar que llevaba bajo la bien planchada americana un revólver de cachas de marfil, que hizo girar hábilmente en su mano, volteándolo y volviéndolo a sujetar con tal habilidad que Ethel tuvo que parpadear para seguir sus movimientos. Y lo más extraño del caso es que él hacía todo

aquello con ademán cansado, aburrido, como si semejante exhibición no le costara el más mínimo esfuerzo.

—Se equivoca señorita Ethel. Le hubiera matado yo a él. Y como realmente es un hombre noble y valiente, hubiese sido lamentable.

Guardó el revólver otra vez, y Ethel volvió a apretar los labios con una mueca de desprecio.

—Ahora he visto su verdadera catadura, señor Roberts. Es usted un granuja. Nada más que eso.

—¿Un granuja? En el Sur hay muchos ahora. ¿Qué importa uno más? En cambio debo reconocer que no hay muchas mujeres como usted; usted es un ejemplar femenino realmente curioso. Una vulgar señorita de provincias que ha querido sentir emociones y ha tenido el suficiente valor para exponerse a las murmuraciones de la gente y venir sola a un casino donde sólo entran hombres. A su modo es más aventurera que yo. Lo único lamentable de todo esto es que no se la ha comido nadie. Ni el hombre ni el… tan fieros como los pintan. Sospecho que para usted todo esto ha resultado demasiado aburrido y falto de alicientes.

Roja de indignación, Ethel se puso en pie.

—No quiero soportarle un minuto más señor Roberts. Bébase usted sólo los refrescos de piña, y si no puede con tanto eche uno dentro del cañón de su revólver. Espero no tener que verle más. Esta comarca es lo bastante grande para que no volvamos a encontrarnos.

Recogió el pesado maletín, tan pesado que apenas podía sostenerlo con las dos manos, y echó a andar hacia la salida. Antes de que llegara a ésta, le detuvo la voz de Roberts:

—No olvide pagar los refrescos, señorita Ethel. Como se lleva usted todo mi dinero…

Ella se mordió los labios con tanta rabia que de ellos estuvo a punto de brotar sangre. Y luego escuchó todavía:

—Ya le devolveré lo que gaste, porque como pronto volveremos a vernos…

CAPÍTULO III

El hombre estaba quieto en aquella calleja de El Paso. Sólo el revólver brillaba en su mano derecha, moviéndose levemente. Diríase que su mano izquierda y el resto de su cuerpo pertenecían a una estatua.

Frente a él, a unos quince pasos, el otro hombre parecía muy tranquilo, pese a ver la placa de alguacil brillando en el chaleco del primero.

Fue éste quien habló.

—Más vale que te entregues, pequeño canalla —dijo con voz suave y lenta—. He averiguado que eres un asesino a sueldo y que has venido de El Paso para matar a dos mujeres. ¿Cuánto cobrarás por ello? ¿Cinco mil dólares? ¿Diez mil?

El segundo hombre levantó las manos poco a poco, ocultando en su derecha la hoja del pequeño cuchillo al que la penumbra de aquel lado de la calleja impedía brillar.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó.

—La ley también se mueve, granuja. De vez en cuando nos preocupamos de saber por qué determinadas personas están en El Paso. Tú no debías encontrarte aquí, puesto que tus obligaciones se hallan en otra parte, y, sin embargo… ¡Vamos, acércate de una vez! ¡Con las manos bien en alto!

El otro lo hizo. Avanzó lentamente, con expresión ingenua, como si no ofreciese el menor peligro.

—Yo no he venido a matar a ninguna mujer —susurró—. Yo no…

Y, de pronto, su mano derecha se movió. Saltó hacia adelante con la rapidez de una serpiente.

El pequeño cuchillo brilló unos segundos en la penumbra, antes

de clavarse hasta el fondo en el corazón del alguacil.

Éste gimió sordamente, sin tiempo para disparar, mientras soltaba el revólver. Aún intentó recuperarlo y sus rodillas se doblaron. De pronto cayó a tierra, mientras un delgado hilo de sangre escapaba por su boca.

Su asesino pasó por encima del cadáver sin molestarse en mirarlo ni en recuperar el cuchillo siquiera.

CAPÍTULO IV

Rosanna abrió la ventana para que entrara el aire huracanado de la llanura, y durante unos minutos lo respiró con una intensa fruición, igual que si quisiera participar del ansia salvaje de libertad que palpitaba en aquel viento. Sus cabellos se arremolinaron y sus ojos brillaron de una forma extraña. Había en ellos una llamita febril cuando se volvió de espaldas a la ventana mirando hacia el interior de la habitación, y dijo:

—Era lo único que me faltaba saber de ti, Ethel.

—¿Lo último? ¡Qué ingenua eres, Rosanna! ¿Es que sorprende que una mujer como yo haya ido al casino a jugarse un collar que le regaló tu padre?

—De una mujer como tú no me extraña nada, Ethel. Eres capaz de cualquier cosa. Pero hasta este momento creí que tenías cierta discreción, que sabías al menos guardar las apariencias.

—Anoche no hice nada que no debiera hacer —dijo Ethel—. Muchas mujeres van con sus maridos al casino y no ocurre nada.

—Pero tú fuiste sola.

—Será porque no tengo marido, ¿no crees?

Rosanna se clavó las uñas en las palmas de la mano, mientras se acercaba a ella. ¡Cómo la odiaba! Nunca había odiado a un ser humano tanto como odiaba a Ethel. Apoyó los puños cerrados en la mesa que las separaba y la miró fijamente.

—¿Por qué no te lo buscas? —Silbó—. Un marido sería para ti una solución, y para mí… para mí sería quedar liberada.

Estaban las dos solas en uno de los grandes salones de la hacienda, y a su alrededor el viento huracanado que entraba por la abierta ventana hacía temblar todos los objetos. Toda la llanura parecía haberse puesto a gemir como una garganta humana. Y la

noche empezaba a caer como una losa amenazadora, hostil, negra.

—¿Por qué fuiste allí, Ethel? —susurró Rosanna—. ¿Por qué? ¿Cómo has ofendido así la memoria de mi padre?

Ethel bajó la cabeza y una luz triste y mortecina pasó entonces por sus ojos.

—No lo sé —susurró—. Tal vez porque llevaba un año aquí encerrada, desde que él murió, sin ver otra cosa que estos campos. Tal vez porque quería saber exactamente si la revolución de que todos hablan está ya en marcha. La verdad es que no lo sé. Hay veces en que una mujer necesita demostrar que sigue siéndolo. Y yo era aquí como una muerta.

—Puede tolerarse el que te acercaras a ese casino donde casi nunca entran las mujeres —dijo Rosanna—. ¿Pero por qué jugaste? El hecho de que hayas ganado no te disculpa. ¿Por qué pusiste sobre el tapete el collar de perlas que un día te regaló mi padre?

Ethel se tapó de repente los ojos con las manos. El viento huracanado seguía silbando en la llanura y dentro de la habitación, y la oscuridad era cada vez más intensa. Si Ethel hubiese querido llorar no habría tenido necesidad de cubrirse el rostro con las manos porque sus ojos eran casi invisibles a causa de la penumbra. Pero no lo hizo por eso, no lo hizo para llorar. Lo hizo porque delante de sus ojos había visto otra vez retratada la extraña imagen de aquel hombre.

—Ocurrió algo que no sé explicarme —dijo.

—¿Algo? ¿Qué?

—No sé. No sabría definirlo. En torno a la mesa había varios hombres. Pero desde el momento en que entré allí, para mí fue como si hubiese uno solo. Tenía un nombre yanqui, pues se llamaba Roberts, pero hablaba con el acento del Sur. Pues bien, ese hombre parecía desafiarme. No sé explicarte la sensación tan rara que sentí, una sensación que no me había acometido hasta entonces y que es posible que no vuelva a acometerme nunca. De repente pareció como si en el mundo estuviésemos solos aquel hombre y yo, separados por la mesa de juego. Sentía que tenía que vencerle y puse el collar sobre el tapete verde. Le vencí. Nunca hubiera creído que la riqueza y la miseria pudieran estar separadas por tan poca distancia. Y creo que nunca he visto unas horas tan extrañas como las de anoche. Por eso, si ahora me preguntas por qué hice todo

aquello, tendré que confesarte que no lo sé. Y probablemente no lo sabré nunca.

Rosanna se estremeció en contra de su voluntad, pues en las palabras de Ethel había algo tan intenso y sincero que les daba categoría de auténtica confesión. Hasta la profunda aversión que sentía por ella pareció disimular cuando dijo:

—¿Qué hizo aquel hombre al ver que le habías despojado de todo su dinero?

—Eso es lo más extraño de todo. No se inmutó siquiera. Yo sólo he conocido a hombres como tu padre, que sabían dar el valor exacto a cada pieza de plata, y sin ser avariciosos las cuidaban bien. O como yo misma en otro sentido. Yo sé lo que vale esta hacienda y mi puesto aquí. Lo que vale que a una la llamen señora. Pero, por lo visto, no todas las personas son así. Aquel hombre perdió una verdadera fortuna y lo único que noté en él fue como un gesto de alivio. Claro que él es un aventurero, y el dinero no debía ser suyo: por eso le importó tan poco perderlo.

—¿Qué piensas hacer con él? —susurró Rosanna—. Tienes bastante para pensar en marcharte de esta casa…

—Cinco mil pesos serán entregados a la esposa de Grajales antes de que los dos salgan de aquí para siempre. Al fin y al cabo ella no tiene la culpa de que su marido sea un granuja, y necesitará esa ayuda. El resto del dinero será invertido en mejorar esta hacienda. Está pidiendo a gritos una serie de cosas que el testamento de tu padre no nos permite comprar por el momento.

—¿De modo que lo que vas a hacer es una inversión en la hacienda? —susurró Rosanna.

—Creo que la necesita.

Las facciones de la muchacha se ensombrecieron, y otra vez las uñas volvieron a castigar las palmas de la mano.

—Eso indica una cosa: Piensas quedarte aquí. Piensas agarrarte a esa tierra todo el tiempo que te sea posible, con las uñas y con los dientes. ¿Qué miserable eres?, ¡Ethel! ¿Es que en tu vida no hay más objetivo que ser la dueña de todo esto?

—En mi vida hay muchos objetivos, Rosanna, pero ése es uno de los principales.

—¡Ojalá tengas que marcharte pronto de aquí! —Silbó—. ¡Ojalá! ¡Con tal de conseguirlo, cuando venga Sergio Luján no me casaré

con él!

Ethel sonrió con cierta expresión de cansado desdén, como si pensara: «Eres demasiado chiquilla para decidir».

Se levantó y cerró la ventana. El viento se arremolinaba en las esquinas de la casa y lanzaba lastimeros aullidos que parecían llenar el espacio. No era probable que en una noche como aquélla se acercase nadie a la hacienda de los Wyler.

Por eso Ethel quedó más asombrada cuando uno de los sirvientes llamó discretamente a la puerta y, tras obtener permiso para entrar, se inclinó con toda ceremonia y dijo:

—Señora, un hombre acaba de llegar a la casa y suplica su venia para ser recibido.

CAPÍTULO V

Lo normal era que Ethel hiciese aguardar a aquel hombre un buen rato y luego lo recibiera en el salón, luciendo uno de sus mejores vestidos. Debía ser un personaje de cierta importancia, puesto que de lo contrario el criado le hubiese atendido por sí mismo sin anunciarle. Y por eso sus órdenes normales al sirviente debían haber sido: «Enciende luego en la chimenea del salón principal y di a Ana que nos sirva unas bebidas». Pero en lugar de esto, Ethel, sin lograr disimular un extraño movimiento de impaciencia, susurró:

—Dígale que voy en seguida.

—¿Es que estabas esperando a alguien? —preguntó Rosanna, con suspicacia.

—No, a nadie. Pero supongo que la persona que haya llegado en una noche como ésta tiene que ser para una cosa de cierta importancia.

Rosanna adivinó su pensamiento.

—Me dijiste que el capitán Trevor te iba a enviar a un hombre para ayudarte en la protección de la finca. ¿Piensas que debe ser él?

—Lógicamente no puede ser otro.

Con gestos maquinales se ordenó un poco el vestido, muy ceñido a sus formas, y descendió a la planta baja casi tras los pasos de su propio sirviente.

Efectivamente, en la planta baja había un hombre.

Y los dientes de Ethel casi entrechocaron de rabia al exclamar:

—¡Roberts!

* * *

Roberts iba vestido como la noche anterior, pero ahora sus ropas

estaban desordenadas por el viento huracanado y mojadas por las ráfagas primerizas de lluvia.

Sus labios sonreían con una mueca de desafío, mientras contemplaba a Ethel. Y junto a él había una pesada maleta de cuero, lo que indicaba algo inconcebible, y era que había venido para quedarse en la casa.

—¡Usted! —Silbó Ethel—. ¿Cómo puede atreverse a tanto? ¿Quién se ha creído que es? ¿Y ha olvidado acaso que en este país aún hay leyes?

—No creo que ninguna ley le impida recibirme, señora —dijo él con una actitud que ya no era burlona sino de casi abierto desafío.

—Le estoy recibiendo ya ¡Pero es para decirle que se marche inmediatamente! ¡Que abra la puerta que tiene a su espalda y salga de esta casa!

—Su deseo me parece muy respetable, pero le suplico a usted que me atienda.

—Comprendo —sonrió Ethel con una mueca de desdén—. No tiene dinero para pagar su alojamiento y ha venido a pedirme cobijo en mi casa, aunque sea entre los criados, ¿no es cierto? Jamás me he negado a una cosa así, pero para pedirlo no tenía que molestar a la señora de la casa. Cualquier doncella le hubiera atendido.

El hombre la escuchaba sin pestañear, como si a todo lo que le decía Ethel no pudiera oponer contradicción alguna. Pero ante la sorpresa y la indignación de la mujer, cuando ella acabó el movió la cabeza negativamente de un lado a otro.

—No, señora.

—¿No? ¿Pero qué dice, loco? ¿Se da cuenta de que cuando un aventurero lleva demasiado lejos su audacia se convierte ya en un pobre hombre?

—Yo no llevo demasiado lejos mi audacia, señora. Vengo, desde luego, a alojarme aquí, pero no entre los criados. Y como primera medida le ruego que me escuche.

Había algo en la voz del hombre que no admitía réplica. Era una voz dura, inflexible, insultante casi. Una voz que parecía herir la piel como un pedazo de metal recién afilado. Ethel comprendió que había algo muy extraño en la actitud del hombre y que de un modo u otro no era el mismo de la noche anterior. Silbó:

—Pase.

Le indicaba un gran salón contiguo al vestíbulo, donde ya estaban las luces encendidas.

—Es para mí un gran honor ser recibido por la dueña de esta casa —dijo él con un tono seco.

Entró y se sentó sin esperar a que Ethel lo hiciera. Y le señaló una butaca frente a él como si fuera el verdadero amo.

—Pero ¿qué se ha creído?…

—Le ruego que se siente y que me escuche.

—¡No admito ninguna clase de imposiciones! ¡Lo que tenga que decirme lo escucharé de pie!

—Escúchelo como quiera.

Extrajo una pesada pitillera de plata, una verdadera obra de orfebrería, y la mostró abierta ante los irritados ojos de Ethel.

—¿Fuma?

—Supongo que todas las perdidas con que usted está acostumbrado a tratar lo hacen, ¿no?

—Algunas.

—Bien. Diga de una vez lo que quiere y acabemos. No hace ni dos minutos que ha entrado y ya estoy harta de verle aquí. Cuando antes suelte todas las mentiras que debe llevar en la boca, más fácil será para los dos.

—¿Mentiras? ¿Me deja sin un centavo y encima se harta de insultarme? ¿Son ésas las reglas de juego que rigen por aquí?

—Yo no conozco ninguna regla de juego, señor Roberts. ¡Ni me interesa!

—¡Ah, ya comprendo! La señorita provinciana se ha hartado de correr aventuras.

—¡Deje de hablar estupideces y diga de una vez qué es lo que le ha traído a esta casa!

—Verla a usted.

—¡Vuelva a decir eso y le haré arrojar por mis criados! ¡Le advierto que son muchos, y algunos de ellos más fuertes que usted!

—Digo lo mismo que al mexicano de anoche. Sería una lástima que tuviera que aplastar la cara a alguno de ellos. Al fin y al cabo son pobres gentes que cobran para que usted les mande.

—No estoy dispuesta a tolerar una insolencia más, señor Roberts. Diga de una vez a qué ha venido o juro que le haré arrojar

a puntapiés de la casa y aun de todo el terreno de la hacienda.

La voz de la mujer era amenazadora y silbante. No hablaba en broma. Se advertía en ella a la hembra que sabe imponer su dominio, que sabe ser dueña de sus actos.

—Tiene usted mucha impaciencia por saber a qué he venido —murmuró Roberts—, y cuando se lo diga no le va a gustar.

—De usted no me gusta nada, señor Roberts. De modo que yo puede empezar a hablar.

El sonrió.

—En primer lugar no me llamo Roberts.

—¿No? —Silbó Ethel—. Ya debí suponer que hasta falso sería su nombre. ¿Cómo se llama usted?

—Sergio Luján —dijo él suavemente.

CAPÍTULO VI

Ethel se estremeció.

—¿Sergio Luján?

—Ya comprendo que esto la sorprenda. Se ha puesto usted muy pálida.

—¿Cómo sé que me dice usted la verdad? ¿Cómo sé que esto no es una miserable patraña?

—No confía usted nada en mí, señorita Ethel.

—Nada. Absolutamente nada.

El hombre extrajo unos documentos y los mostró a Ethel. Eran una cédula y un salvoconducto extendidos por el gobierno federal. Este último tenía incluso una fotografía.

—¿Se convence ahora, señorita Ethel? Yo soy Sergio. Ya se han terminado todas las mentiras y todos los disimulos. Vine aquí con el nombre de Roberts porque así convenía a cierta misión especial que se me encomendó, y que no pienso explicarle ahora. Una vez terminada, ha llegado el momento de darle mi verdadero nombre. Quizá lo hubiese hecho anoche mismo; pero usted puso las cosas muy difíciles a causa de sus nervios. Y a mí me interesó ver cómo reaccionaba, ver cómo era su verdadero carácter. Sé que todo esto no le ha gustado, pero a mí me pareció conveniente obrar así.

—No estoy convencida del todo —susurró Ethel—. ¿Quién le ha mandado venir?

—El albacea testamentario del señor Wyler. Si no recuerdo mal, es un abogado llamado Alejandro Gómez.

Ethel se mordió imperceptiblemente los labios al ver la seguridad con que él respondía.

—De modo que tú… —susurró—, de modo que tú eres Sergio Luján. Un pervertido jugador que insulta a las mujeres y al que el

destino ha puesto en las manos la mitad de una de las fortunas más importantes del país.

—Y tú eres Ethel, la que debía casarse con el viejo Wyler. Me pareces muy niña para haber vivido tantas cosas y haber pasado ya por tantas pruebas.

—No he pasado por ninguna clase de pruebas. ¡Y, además, eso no te importa!

—Estás muy ofendida, cuando debería ser al contrario. Yo, en tu lugar, hubiera esperado incluso con ansia mi llegada a esta casa. Si no recuerdo mal, debo casarme con una señorita llamada Rosanna Wyler a fin de heredar la mitad de esta hacienda. Y tú te quedarás con la otra mitad en cuanto esa boda se realice. ¿A qué tanto mal humor? ¿En cierto modo, no formo yo parte de tu negocio?

—¡Te prohíbo que emplees la palabra «negocio» para designar una situación que merecería el respeto de todos nosotros!

—Bueno, no la emplearé. Pero digamos al menos que yo formo parte de tu plan.

—Tampoco tenía ningún plan. Nunca pedí nada a Tom Wyler ni él me lo prometió. Para nada he intervenido en este testamento. Ni hubiera podido hacerlo aun sabiendo que Sergio Luján era un individuo tan despreciable como tú.

—La simpatía que me tienes es estremecedora. Va a ser una delicia para los dos vivir en esta casa.

—¿Es que piensas quedarte?

Sergio Luján señaló la maleta depositada a sus pies.

—He venido desde muy lejos para quedarme aquí.

—Ya sé que es inútil hablarte de decencia, pero deberías comprender que una persona con principios morales no habita en la misma casa que la que ha de ser su esposa.

—¡Oh, te refieres a Rosanna! —dijo él con una mueca de aburrimiento—. ¿Y tú? ¿No vivías bajo el mismo techo que Tom Wyler cuando eras ya su prometida?

—No —murmuró ella con una expresión de desdén, como si acabara de deshacer una maniobra demasiado burda—. No vivía bajo el mismo techo, aunque daba clases a su hija. Me había sido destinado un pabellón aparte, y yo estaba al cuidado y al mismo tiempo bajo la vigilancia de una honrada mujer. Todo esto porque Tom Wyler tenía algo que tú no has conocido nunca: señorío y

caballerosidad.

—Tú también tienes señorío —reconoció Sergio con una admiración que no trataba de disimular—. Al verte se tiene la sensación de que has nacido para dominar a los otros.

—Espero poder dominarte a ti —dijo Ethel con expresión desconcentrada, mientras brillaban extrañamente sus ojos.

Sergio iba a replicar, pero en ese momento se interrumpió porque alguien acababa de penetrar en la estancia.

Rosanna llevaba los cabellos un poco desordenados aún, tal como los dejó el viento al abrir la ventana. Sus ojos tenían un brillo un poco febril, pero estaban así más bonitos y luminosos que nunca. Los abrió con sorpresa al ver a Ethel en compañía de un hombre. Sin duda había entrado pensando que la habitación estaba vacía.

Pero esa sorpresa que sus ojos reflejaron no estuvo motivada tan sólo por el hecho de ver a Ethel con un hombre, cosa que al fin y al cabo ya sabía desde que el criado subió a anunciar la visita. Su sorpresa estuvo motivada por el atractivo de aquel hombre. Hubo en sus ojos, sólo al verlo una admiración tan cargada de ingenuidad y de entusiasmo, que Ethel, al darse cuenta, sintió como si una aguja envenenada le atravesase el corazón.

No supo si había sido porque ella amaba a Rosanna a pesar de todo, y aquel hombre no le parecía lo bastante digno para ella. No supo si había sido por otra cosa que ahora no hubiera podido confesar, pero aquella especie de aguja envenenada penetró hasta el fondo.

Sergio Luján se había puesto en pie. Miraba a Rosanna con esa mezcla de curiosidad y de ironía que tienen los auténticos hombres de mundo al ver ante ellos a una mujer bonita. Sus ojos, profundos como un océano gris, tan móviles como si quisieran hipnotizarla, enmarcaron la figura de Rosanna y parecieron ir apoderándose de ella poco a poco.

Ethel también se puso en pie, levantándose del borde del sillón donde al fin había tomado asiento.

—Rosanna, el señor Sergio Luján…

Vio brillar aún más los ojos de la muchacha, y aún más se clavó la aguja envenenada en el fondo de su corazón. Sin saber por qué, sin poder dominarlo, el pensamiento de que aquel hombre y de aquella mujer estaban destinados el uno para el otro le produjo

como una sorda rebelión.

—¿Tú…, tú eres Sergio? —musitó Rosanna—. El hombre… que… en fin… Creo que mi padre quería que hiciésemos una buena amistad.

—El señor Luján tiene también un gran interés en que esa amistad llegue a ser un hecho —dijo Ethel con tono burlón.

—¿Vas a vivir aquí? —preguntó Rosanna tras mirar ti equipaje, sin hacer caso de las palabras de Ethel.

El miró a las dos mujeres alternativamente, y hubo un cierto brillo de ironía al clavarse sus ojos en Ethel.

—No sé si será correcto quedarme a vivir en esta misma casa. Seguramente habrá en las cercanías algún hotel, o quién sabe si algún pabellón donde pueda estar solo. Desde luego nos veremos todos los días porque, como ha dicho muy bien la señorita Ethel, tengo interés en que hagamos una buena amistad.

—Hay un pabellón aquí cerca —dijo Rosanna, algo confusa—. Tú habitaste en él mientras vivió papá, Ethel. Todavía está muy bien amueblado.

—Magnifico —exclamó Sergio con una estrecha sonrisa en sus bien formados labios—. Las habitaciones donde la señorita Ethel haya vivido tienen que ser encantadoras.

—El pabellón de que tú hablas me pertenece —dijo Ethel—. Forma parte de los bienes que me han de corresponder al dividirse esto. Está lleno de recuerdos que sólo yo sé apreciar y desde luego me niego rotundamente a que otra persona entre allí y lo transforme por completo.

—Yo no transformaría nada —dijo Sergio, tras encogerse levemente de hombros— pero el deseo de una mujer es para mí una orden. Viviré en cualquier otro sitio. ¿Hay por aquí alguno que no sea del todo desagradable?

—Las caballerizas… —susurró Ethel.

Rosanna saltó como si la hubiese picado un reptil.

—¡Pero, Ethel! ¿Qué dices?

—No conozco un sitio mejor —afirmó ella con tranquilidad—. Y, desde luego, no quiero exponerme a murmuraciones dejando que este hombre viva en nuestra casa.

Se formó otra vez aquella invisible tensión que siempre distanciaba a las dos mujeres. Sergio lo captó con una rapidísima

ojeada, y sus manos trazaron un movimiento alegre como para disipar la atmósfera espesa y enrarecida que se había formado en torno de los tres.

—Las caballerizas son un sitio espléndido —dijo— no tengo nada que oponer ya que si he de ser sincero he vivido más tiempo entre caballos que entre personas. ¿Cuándo puedo trasladarme?

—Ahora mismo —dijo Ethel con voz fría—. Forman un cuerpo de edificio contiguo a esta casa.

—Estamos cometiendo una incorrección —gimió Rosanna—. ¡Una incorrección monstruosa!

—¿Por qué? ¿No dice él mismo que vivir en las caballerizas le parece bien? Espero que sea por poco tiempo.

Sus palabras estuvieron cargadas de segunda intención. Las pronunció mientras contemplaba a Rosanna, en cuyos ojos aún brillaba aquella mirada de ingenua admiración. La muchacha se dio cuenta y desvió instantáneamente la dirección de aquella mirada, como si acabase de ser sorprendida en alguna secreta falta. Pero sus labios se plegaron en una mueca que presagiaba rebeldía.

—Bien, creo que ya hemos hablado bastante —dijo Sergio tomando su maleta y empezando a caminar lentamente hacia la puerta—. Se hace tarde y ustedes tendrán que descansar.

—Cualquier criado puede llevarte la maleta —dijo Rosanna—. No es necesario que la lleves tú.

—Para mí no existen criados —dijo Sergio secamente—. No necesito que nadie me ayude en cosa que puedo hacer yo personalmente.

Salió acompañado de las dos mujeres. Ethel le indicó:

—Hay que salir por la puerta principal. Las caballerizas están a la derecha de la casa. Te acompañaré.

—Espero que no le dirás ninguna incorrección —advirtió Rosanna, mirándola—. Al fin y al cabo viene a ayudarte.

Fue hasta la puerta, como cerrándola con su cuerpo, y tendió la mano al hombre.

—Adiós. Sergio, espero que nos veamos mañana. Si sabes mentar te enseñaré a caballo una buena parte de la hacienda.

—Doy por supuesto que el señor Luján sabe montar —dijo Ethel —. Lo que ahora hemos de averiguar es si además sirve para otra cosa.

Sergio tomó la mano de Rosanna y la besó. Hubo en aquel beso algo minucioso, lento, absorbente. Hubo en él una secreta fruición por parte del hombre, pero más aún por parte de la mujer. Porque la mano de Rosanna temblaba entre las manos del hombre, y porque sus dedos parecían recibir aquel beso con una secreta vibración, como si recibieran una cálida señal que había de marcarlo para siempre.

«En realidad debo alegrarme —pensó Ethel, mientras sus preciosos ojos rasgados contemplaban aquello—. El es el hombre más atractivo que he visto jamás y Rosanna se ha enamorado al instante. Se casarán y pasará a ser mía la mitad de esta hacienda…».

Pero no estaba alegre. Algo le mordía el corazón. Algo parecía desgarrarle la piel. Algo hacía que en el fondo de sus ojos los nervios le dolieran al ver aquella escena.

—Vamos —susurró—. Sergio no se ha equivocado al decir que era muy tarde.

—Hasta mañana Rosanna —dijo él, soltándole la mano poco a poco.

—Hasta mañana.

Mientras él se dirigía hacia la puerta, todavía hubo un temblor en los labios de la muchacha.

—Conviene que te retires a descansar. Rosanna —dijo Ethel.

—Muy bien; así lo haré.

Por primera vez se mostraba dócil. «Esto ocurre pulque es feliz», pensó Ethel mientras abría la puerta. El viento huracanado revolvió sus cabellos y la obligó a cerrar los ojos un instante. Toda la llanura parecía rugir, y otra vez Ethel tuvo la sensación de que esa llanura era como una garganta humana. El Dios de los elementos parecía haberse abatido esa noche sobre la tierra entera. Al otro lado de la gran plaza que había frente a la casa, algunos peones retrasados corrían a refugiarse.

Ethel hizo una señal con la mano derecha.

—Por aquí.

Caminaron pegados a la pared durante unos minutos hasta llegar a un edificio de piedra que estaba casi materialmente adherido a la parte principal, donde vivían las dos mujeres. Ethel abrió la puerta y descolgó un farol de petróleo que había en la misma entrada.

Vieron una gran caballeriza donde se hallaban al menos veinte animales entre caballos, yeguas y mulos. Todo estaba tan limpio como si fuera una habitación para seres humanos. Al fondo se amontonaban unas pacas de paja fresca que despedían un olor penetrante y puro un olor que parecía venir de la misma naturaleza.

Ethel señaló una escalera de piedra que llevaba a un piso superior, y empezó a subir por ella. Sergio admiró sin querer su cintura cimbreante y sus sólidas caderas de mujer que parecía nacida para la seducción.

«¿Qué edad debe tener? —se preguntó el hombre—. ¿Por qué vive aquí como una viuda siendo tan joven?».

El piso superior estaba cubierto, aunque tenía ventana a la caballeriza: consistía en una sola y enorme habitación donde había toda clase de cinchas, arreos y adornos para los animales, y al fondo un armario y una gran cama, que estaba ya hecha y perfectamente limpia.

—Siempre la tenemos preparada —advirtió Ethel—. Suelen venir a veces aquí tratantes en ganado y compradores de cosechas. Cuando se hace demasiado tarde y tienen que reanudar el camino a la mañana siguiente, se alojan aquí.

—Celebro saber que al menos soy tan digno como un tratante de ganado o un comprador de cosechas —dijo Sergio Luján—. Eso me consuela.

—Es la máxima categoría que te puedo conceder —dijo Ethel.

Estaba quieta frente al hombre, con el farol de petróleo en la mano, enviándole a los ojos aquella luz mortecina y cambiante. Estaba quieta y sabía que, de un modo misterioso, toda la enorme habitación se había llenado de la presencia del hombre. De un modo misterioso también, supo que cuando Sergio Luján se casase con Rosanna, ella entraría en aquella habitación y pensaría: «Una noche estuvimos aquí los dos solos, desesperadamente solos…».

Para aliviar aquella extraña tensión que se iba formando y que los dos sentían muy dentro de sí mismos, se movió unos pasos y dejó el farol de petróleo en una pequeña mesa, de modo que la luz no le permitiera ver tanto aquellos labios rojos y aquellas misteriosas pupilas grises y dominadoras del hombre.

Fue peor. La luz recortó entonces sus sombras. Y se sintieron solos en una extraña soledad, solos con sus pensamientos y el

secreto de sus corazones, solos en un mundo que en ese momento parecía haberse hecho para los dos.

Sergio desvió un poco la mirada, como para no sentir tanto el efluvio mágico que emanaba de la mujer, y susurró:

—¿Cuántos años tienes, Ethel?

—Veintidós.

—¡Sólo veintidós años! ¡Y estás viviendo ya como si fueras la viuda de Tom Wyler!

—De hecho es como si yo fuera su viuda.

—¿Es que ibais a casaros en seguida? ¿Es que en el fondo os considerabais ya como marido y mujer?

—Si lo dices en el sentido malicioso que debes emplear siempre, estás equivocado. Nuestras relaciones fueron en todo momento honradas, y tan honestas como puedan serlo las de un perfecto caballero con las de una mujer que se sabe vigilar a sí misma.

—No he querido decir eso. Doy por descontado que sabes vigilarte a ti misma, aunque un hombre no puede ser por demasiado tiempo un caballero cuando está delante de tus ojos. Pero repito que no he querido decir eso. ¿Al morir él te consideraste ya una viuda que no podía aspirar a ninguna otra clase de amor?

Ella reaccionó con cierta violencia.

—¿A ti qué te importa?

—Es verdad, no me importa —sonrió él—. Pero es que, al verte, todo hombre pensaría lo mismo y todo hombre reaccionaría de la misma manera: «¿Es que esta mujer de diabólica hermosura ha renunciado ya al amor? —se preguntaría cualquiera—. ¿Es que para ella ya no existe más ambición que ser dueña de todo esto?».

—Lo que los hombres penséis, a mí no me importa.

—¡Qué extrañas son esas palabras! Tú, una mujer que vibra de pasión, una mujer en cuyos ojos late todo el bien y todo el mal del mundo, dices que no te importa lo que los hombres piensen de ti. Dices que el amor es como una cosa lejana que ya no tiene significado en tu vida.

—Yo no he dicho eso. Y creo que ya hemos hablado bastante de una cosa que no afecta para nada a la situación de los dos. Tú has venido aquí atraído por el dinero que podía reportarte la boda con una mujer como Rosanna, Has venido aquí para casarte con ella. Y ahora tu único trabajo consiste en enamorarla, sin hacer caso de mi

presencia aquí. Enamorarla es un trabajo que sé que harás perfectamente.

—Debes pensar que ésa es mi única especialidad, ¿no es cierto?

—No creo que un hombre como tú sepa hacer muchas cosas más. Hay hombres que han nacido para trabajar la tierra, y sus manos grandes y duras ya los hacen, desde la cuna, aptos para esta tarea. Hay otros que han nacido para estudiar, y otros para robar al prójimo. Pero hay un tipo de hombre que parece haber nacido exclusivamente para gustar a las mujeres, y tú perteneces a él.

Lo dijo sinceramente. Lo dijo con todo el corazón, porque Sergio Luján le gustaba como habría gustado a cualquier otra. Porque sólo al verle había sentido ya en la sangre como una extraña presión. Porque le daba miedo pensar que aquellos labios podían besarla.

Sin embargo, esa frase, que tal vez habría gustado a otro hombre, no causó a éste la menor satisfacción.

—Creo que estás equivocada, Ethel. Yo he nacido para otras cosas.

—¿Para jugar tal vez?

—Si te refieres a lo de anoche, era la primera vez que jugaba en mi vida.

—Se veía —dijo Ethel con un involuntario estremecimiento—. Y creo que nunca harás fortuna jugando. Más vale que emplees tus artes en la partida decisiva, que es al mismo tiempo la más sencilla. Enamora a Rosanna, que caerá en seguida rendida a tus pies, y la mitad de la hacienda más grande del país será tuya.

—Observo que en tus palabras late un sordo despecho. ¿Tan miserable te parece esta situación? ¿Es que tú no vas a ganar nada en ella?

—Supongo que ya estás enterado de los términos del testamento. Vuestra boda me interesa.

—Tú pasarás a ser dueña de la mitad de esa fortuna, sin trabajar absolutamente nada. Yo, en cambio, tengo que enamorar a una mujer.

—La tarea es tan sencilla que llega a dar un poco de asco. Sergio —dijo ella con voz espesa y ardiente—. Es tan sencilla como lo sería para mí si yo pretendiera enamorarte.

Se había erguido un poco, mirándole desafiante al fondo de los ojos. Esos ojos, los de los dos, eran ahora como manchas en la

sombra. Manchas grises los del hombre, manchas negras los de la mujer. Y sus labios, los labios tensos y brillantes de una extraña pasión, eran lo único que se movía en aquellas sombras.

—Sí —murmuró—. Sería una tarea muy fácil si tú pretendieras enamorarte.

Sus brazos, unos brazos fuertes y duros como debieron ser los de los primeros hombres del mundo, rodearon a Ethel. Sus ojos brillaron también como debieron brillar los de los primeros hombres del mundo al encontrar a sus compañeras. Y aquellos labios diabólicamente hermosos —«No hay otro hombre que tenga los labios tan bien dibujados», había pensado Ethel—, buscaron febrilmente los de la mujer.

Ésa era la primera vez que besaban a Ethel.

A ella, a la que vivía como una viuda, no la había besado nadie aún. A ella, a la que había tratado de secar su corazón, no la había tenido todavía ningún hombre en sus brazos. Y esa sensación fue tan brutal, tan extraña y tan salvaje, que la hizo estremecerse como si sus músculos hubiesen sido recorridos por un espasmo. Y la hizo retirarse, jadeante, apartándose del hombre, que la había soltado ya al notar la primera resistencia a su beso.

—¡Canalla! —sollozó Ethel—. ¡Canalla!

Las palabras surgieron automáticamente de sus labios, sin pensarlas, porque de un modo instintivo adivinó que debía hablar así. Pero, cosa extraña, sus pensamientos estaban ocupados en otra cosa. Sus pensamientos rugían en su cráneo como el viento huracanado sobre las llanuras peladas de la frontera. Y se estaban preguntando ahora, atónitos, si había sido agradable la sensación de aquel beso. Se estaba preguntando si debía considerarse ya marcada después de haber sentido sobre los suyos los labios de un hombre. Una vieja moral de siglos se había alzado ahora sobre sus pensamientos y le hizo repetir:

—¡Canalla! ¡Canalla!

No, no había sido agradable aquella sensación. Parecía como si todas sus fibras de mujer se hubiesen rebelado al contacto con el hombre. Sin embargo, Ethel supo con brutal clarividencia que, a partir de aquel momento, algo que no sería doloroso la iría destruyendo por dentro.

Algo que no sería doloroso.

Una sensación secreta que estaría ya en lo más íntimo de su vida de mujer. Algo que, si llegaba a casarse con otro, le haría pensar: «Cierta noche en que rugía el viento, me besó aquel hombre…».

—Perdona —dijo Sergio Luján en voz baja—. No sé qué es lo que ha pasado por mí. No he podido resistirlo.

—Tú eres lo bastante miserable para no poder resistir lo que no te conviene.

—Y tú eres lo bastante hermosa para hacer perder la cabeza a cualquier hombre.

—¡Basta! —gritó Ethel—. Eres tan miserable como algunos de esos peones que a la hora del sol fuerte te miran bajo el ala del sombrero y piensan cosas que me dirían en voz alta si yo no fuese la señora. Tan miserable como Grajales, que creyéndome una mujer sola, se atrevió a insinuarme bajezas. ¡Pero tú no sabes aún quién es Ethel! ¡No sabes aún bien que los peones que me miran no duran en la hacienda, ni sabes que mandé propinar veinte latigazos a Grajales antes de arrojarle de estas tierras como a un perro vagabundo! ¡Podrás enamorar a Rosanna, pero a mí no, Sergio Luján, miserable! ¡Y no pienses ni por un instante que el contacto de tus labios puede valer lo que valen la mitad de estas tierras!

—No lo he pensado —susurró él con una fiera mirada—. No he pensado nada. Ha sido como si una llama salvaje brotase dentro de mí. Ha sido como si algo me quemara por dentro.

Y, en efecto, algo vibraba en el hombre, latiendo de pasión. Algo hacía recordar en él a la fuerza brutal de los elementos cuando se desatan. Como el primer hombre y la primera mujer, Sergio y Ethel supieron que se encontraban solos y desnudos ante la mirada taladrante de sus ojos.

—Siento no poder echarte de aquí —silbó ella—. Lo haría con un inmenso placer. Pero no intentes acercarte a diez pasos de mí, sea cual sea el lugar de la casa en que nos encontremos. Si yo vuelvo a leer en tus ojos que piensas besarme, sabrás quién soy.

Dio media vuelta y descendió por la escalera, con la rapidez de una gacela. No se equivocó ni tropezó una sola vez a pesar de hallarse completamente a oscuras la planta baja. Sergio Luján estaba con todos los músculos en tensión, rígidos, tirantes. Y sólo los liberó de esa salvaje presión cuando oyó abajo cerrarse la puerta.

Ethel retornó a la casa pegada a la pared, sintiendo como si el viento ululante de la llanura estuviese rugiendo dentro de su alma.

Sergio Luján, suave y lentamente, comprobó la carga de su revólver.

CAPÍTULO VII

Los dos hombres estaban quietos en aquella habitación de la ciudad de El Paso. Por la pequeña ventana apenas entraban unos débiles rayos de luna. Ésa era toda la iluminación, y apenas era posible ver los rostros de los que se habían reunido allí, Pero la verdad era que ninguno de los dos necesitaba verse.

Una mesa y un par de sillas constituían todo el mobiliario. El mayor de los dos hombres estaba sentado tras la mesa.

—Ya sé que tuviste un tropiezo con un alguacil —dijo—. Por ahí pudo estropearse todo…

—Ese alguacil no hablará con nadie.

—Lo sé. Encontraron su cuerpo acuchillado en una calleja. Imaginé en seguida que habías sido tú, pero también pueden haberlo imaginado otros.

—Nadie sospecha nada.

—De todos modos interesa que acabes cuanto antes. Este asunto no debe alargarse. Antes de un par de días, quiero que las dos mujeres estén ya fuera de este mundo.

—Lo estarán.

—Ethel, es la más peligrosa.

—Lo sé, pero en cierto sentido es también la más fácil. Se apasiona en seguida, aunque ella quiera ser una mujer fría y distante.

—Entonces aprovecha. Pero no pierdas más tiempo.

El otro hombre, el más joven, rió silenciosamente.

—Si ellas pudieran imaginar que… —empezó.

—No quiero palabras, sino hechos. La muerte de esas dos mujeres significará una auténtica fortuna para mi… y para ti. Actúa inmediatamente.

—Desde luego…

Y el joven se puso suavemente en pie, con movimientos parecidos a los de un felino.

—Las veo con mucha frecuencia, y por lo tanto no será difícil. Sólo hace falta una oportunidad…

—Procura que surja pronto. Y basta. No conviene que nadie pueda vernos aquí.

El joven sonrió mientras se acercaba a la puerta.

—Desde luego… —repitió suavemente.

CAPÍTULO VIII

El sol caía a plomo sobre la pequeña plaza, y los sombreros blanco amarillo de los peones destacaban poderosamente bajo su luz desnuda, casi aplastante.

Se llamaba pequeña plaza a la zona donde estaban clavadas las estacas. Gran plaza era el resto, la zona lisa de terreno que llevaba hasta las casas de los peones. Y ahora casi todos éstos se habían reunido en la pequeña, junto al gran edificio principal de la hacienda. Eso era un atrevimiento, porque no solían entrar allí fácilmente. Y a pesar de que no elevaban la voz y parecían pacíficos, una atmósfera extraña se respiraba aquella mañana allí, como si se preparasen grandes acontecimientos.

Rosanna, que había abierto la ventana, la cerró suavemente y dijo a Ethel:

—¿Sabes lo que eso significa? Significa ni más ni menos que los peones saben que la revolución y el desorden se extienden por el Sur. Recién acabada la guerra, aquí ya no hay ley.

En otras circunstancias. Ethel hubiera prestado inmediata atención a aquella frase, que significaba mucho para su futuro y para el futuro de Rosanna, pero en esta ocasión nada dijo. Parecía abstraída, ausente de todo, como si sólo le importaran sus propios pensamientos.

—¿Te das cuenta. Ethel? Podrían incendiarlo todo. Podrían incluso matarnos a las dos.

—Nada nos harán, porque en el fondo nos precisan —dijo Ethel con trabajo, como si le costara salir de sus propias reflexiones—. Y en cuanto a incendiar esto, si llegaran a intentarlo les diría que se lo quedasen todo. Más vale que haga provecho a alguien, en lugar de hacer provecho a las llamas.

Rosanna tuvo que dominar una especie de sobresalto.

—Te encuentro muy extraña, Ethel. No has dado importancia a nada de lo que te acabo de decir. A nada absolutamente, aunque ahora trates de simular lo contrario. ¿Qué te ocurre? ¿Tanto te duele el verme feliz, porque ha llegado ese hombre?

Lo dijo sin pensar y de una forma espontánea, como quien dice algo que está en su corazón y a lo que no da demasiada importancia. Pero se dio cuenta de que había dicho «algo» al sentir clavados en los suyos los profundos ojos negros de Ethel.

—¿De veras eres feliz solo al pensar que ha llegado ese hombre?

La pregunta dejó perpleja a Rosanna. Su instinto femenino le dijo que en aquella frase no se ocultaba sólo el interés de una mujer que siente afecto por otra, cuando se habla del matrimonio de ésta. No. Su instinto femenino le dijo que, tras aquella pregunta, latían el odio y el dolor. Y el odio, el dolor y el amor están tan juntos que nadie ha sabido separarlos con certeza todavía.

—¿Por qué me preguntas eso. Ethel?

—Es natural que sienta algún interés por ti. A pesar de que tú me desprecias, he sido tu maestra y estuviste a punto de ser mi hijastra.

—No es eso lo que tú sientes, Ethel.

—¿No? ¿Qué quieres decir?

—Al hacer esta pregunta estabas profundamente conmovida por algo. No sé lo que es ni intento saberlo, pero esperabas mi respuesta con cierta ansiedad. Hay en estos momentos algo en tu corazón que está mucho más lejos de tus preguntas, al parecer trivial, que me has hecho.

—No se trata de una pregunta trivial, Rosanna, y es lógico que espere tu respuesta con cierta ansiedad —dijo Ethel tratando de evadirse a la rara atmósfera en que se iba viendo envuelta—. Si ese hombre está destinado a casarse contigo, es natural que me pregunte a mí misma y que luego te pregunte a ti, si esperas ser feliz con él.

—Yo, en tu lugar, no preguntaría nada —dijo Rosanna con cierta expresión despectiva—. Si me caso con Sergio Luján tú heredarás la mitad de estas tierras. ¿Qué más puedes querer saber? ¿Qué te importa en realidad si yo soy o no soy feliz?

—Me importa porque en el fondo te aprecio, Rosanna. ¿Tú crees

que puedes llegar a sentirte enamorada de ese hombre?

—Creo que enamorarme de él será lo más fácil del mundo —murmuró—, aunque lo que te digo a ti nunca me atrevería a declarárselo en voz alta a él. Y si algo lamento de toda esta situación es pensar que te estoy facilitando las cosas.

Ethel apretó los labios.

—Yo, sin embargo, creo. Hosanna, que ese hombre no te merece. Que no debes casarte con él.

Rosanna parecía no haber entendido bien.

—¿Por qué no me merece?

—Porque no te quiere. Y porque no es más que un aventurero.

—Claro está que no puede quererme aún Ethel. Nos conocimos justamente anoche y cambiamos sólo unas pocas palabras. Nadie puede sentir nada por una persona a la que sólo ha visto una vez.

—Sin embargo, tú sientes ya algo por él.

Rosanna parecía no comprender aquella situación. Que Ethel le estuviese poniendo obstáculos era tan absurdo como esperar una helada en aquel mediodía de diabólico calor. Al principio la situación le había producido tan sólo una gran sorpresa, sin acertar a reflexionar aún sobre el contrasentido que todo aquello encerraba. Pero ahora, al darse cuenta, se echó a reír. Sus carcajadas un poco burlonas, agresivas, estremecieron a Ethel.

—¿Pero te das cuenta? —susurró Rosanna—. Tú misma estás estropeando tus proyectos tan cuidadosamente elaborados. Lo que tú tienes que hacer y lo que te interesa es conseguir que yo me case pronto con ese hombre. Si la boda se estropea por cualquier causa, todas tus ganancias se van a ver limitadas a una pequeña renta. ¿Te das cuenta de eso? ¿O me vas a hacer creer que tu afecto por mí llega hasta el extremo de hacerte olvidar tus propios intereses?

—Te aprecio más de lo que piensas, Rosanna, aun cuando desde que murió tu padre me hayas estado considerando como la sombra negra de esta casa.

La muchacha no se dio cuenta de la extraña pasión que latía en las palabras de Ethel. No supo advertir que el afecto que por ella pudiera sentir aquella mujer solo era una parte del sentimiento que en verdad dictaba sus palabras. No supo darse cuenta de que detrás de todo aquello había un secreto.

—Eres una mujer incomprensible, Ethel —musitó.

En aquel momento se oyó abajo un sordo rumor.

No un rumor de protesta, ni de excitación, sino más bien el que produciría una multitud al poner de repente su atención en algo. Las dos mujeres se levantaron a un mismo tiempo y fueron hacia la ventana, abriéndola.

Sergio Luján estaba materialmente rodeado por los peones. Hablaba con ellos amigablemente, y todos ponían en sus palabras una insólita atención. Pero desde arriba no se podía oír lo que decía.

—Parece un gran amigo suyo —dijo Rosanna—. Y da la sensación de que todos le conocían ya.

—Es que él puede ser un peón disfrazado de caballero —dijo despectivamente Ethel.

—Nunca has tratado a nadie con esa especie de rencor —dijo la muchacha—. Más bien has sido siempre una mujer que medía sus palabras. ¿Por qué hablas ahora así? ¿Qué te ha hecho ese hombre?

—Nada.

La palabra había sido demasiado seca, tanto que sonó a falsa. Cualquier mujer lo habría adivinado así menos Rosanna. Rosanna estaba ensimismada contemplando a Sergio Luján.

—Como comprenderás —dijo al fin sin mirar a Ethel—, soy lo bastante mayor para tomar decisiones por mi cuenta. Observaré a ese hombre, y si llego a la conclusión de que me conviene, me casaré con él aunque tú te desgañites pidiendo lo contrario.

—Mucho debe impresionarte cuando olvidas incluso que con esto me haces un favor —cortó Ethel.

—Y muchas cosas raras deben pasar por tu alma cuando me aconsejas exactamente lo contrario de lo que a ti te conviene que haga.

La conversación había llegado a un punto peligroso para Ethel, que de ningún modo quería explicar lo que había pasado la noche anterior entre los dos. Por ello decidió guardar silencio y no hacer ya más caso de las palabras de Rosanna.

El grupo de peones, abajo, se había ido disolviendo. Todos parecían contentos y perfectamente pacíficos. Sergio Luján miró un momento hacia arriba y al ver a las dos mujeres les hizo un alegre saludo con el brazo.

—No ha desayunado ni comido con nosotros —dijo Rosanna,

con cierto resquemor en la voz—. Debe haber estado con los peones, para conocerlos mejor. Parece como si nosotras le importáramos bien poco.

—Hagamos esta noche una especie de cena de gala —dijo Ethel en voz baja—. No tendrá más remedio que venir.

En su corazón estaba el deseo de ver nuevamente a aquel hombre, de desafiarle con la mirada, de herirle.

—Ni siquiera ha venido a verme para que paseásemos a caballo por las tierras —musitó Rosanna—. Empiezo a pensar también que es un hombre muy extraño.

—Tan extraño es, Rosanna, que nunca llegarás a conocerlo bien —susurró Ethel—. Ni aunque te casaras con él.

Dio media vuelta y salió de la habitación, cerrando con cierta brusquedad involuntaria la puerta.

CAPÍTULO IX

Hay momentos en que una mujer necesita desesperadamente estar sola, Hay momentos en que necesita refugiarse en sus recuerdos, por amargos que éstos sean. Y uno de esos momentos fue el que vivió Ethel al salir de la habitación donde había estado encerrada con Rosanna.

Ella. Rosanna, estaba enamorada de Sergio Luján, no cabía duda. Se había enamorado sólo al verle, como si él le hubiera cegado, como si le hubiera robado todos los pensamientos. Y se casaría con él y no permitiría que nadie se interpusiera en el camino de su dicha.

«Debería estar alegre —se dijo a sí misma—. ¿Qué otra cosa puedo desear, sino que se casen pronto? ¿Qué hay en el mundo que pueda favorecerme más que esta boda?».

Pero algo, mientras descendía por los solemnes escalones de piedra y salía de la casa empleando una puerta trasera, le estaba diciendo lo contrario. Algo que no quería reconocer, que se negaba a admitir, le quemaba el corazón como un ácido que sobre él se fuese derramando gota a gota.

Llegó al pabellón donde había vivido mientras esperaba la boda con Tom Wyler, y entró en él. Solía visitarlo una vez por semana, para ponerlo todo en orden, y así aquel pequeño pabellón conservaba el mismo ambiente que cuando ella vivía allí. Ethel cerró la puerta a su espalda, apoyándose en ella, y miró a su alrededor, abrumada, teniendo la sensación de que acababa de entrar en su propia tumba.

Mientras vivió allí, esperando su boda, no había sabido lo que es el amor. Mientras pacientemente aguardaba a que un hombre la hiciese suya, había creído que la vida era eso, al fin y al cabo:

Nacer, casarse, procrear, morir…, pero procurando siempre ser respetada. Procurando siempre no tener que avergonzarse de llevar un apellido. Tratando de devolver a la vieja casa de sus padres la dignidad que tuvo un día.

Pero ahora se daba cuenta, con un dolor que ya era casi desesperación, de que la vida podía ser algo más.

Ahora se daba cuenta de que el corazón tiene sus leyes, y esas leyes son tan auténticas como las del dinero o la consideración social. Ahora veía que una mujer sola en la llanura, esperando al hombre amado, podía ser más feliz que ella en cuanto heredase la mitad de la fortuna de los Wyler. Y se daba cuenta de que elevar la vieja casa de sus padres no le serviría de nada cuando su propio corazón se hubiese marchitado.

No, ella no había conocido el amor. Y en estos momentos de soledad estaba segura de que ya no le conocería nunca.

Cerró los ojos, recordando lo que había sido su vida. Y a su memoria volvieron los días de su infancia, cuando su casa era próspera y rica. Y luego la adolescencia, cuando la fortuna empezó a declinar. Y por fin sus horas de soledad galopando a través de las llanuras, bajo el sol implacable, para dar unas clases que nadie le pagaba bien y que sólo servían para ir sosteniendo la miseria de la antes orgullosa casa.

Tom Wyler era el único hombre que la había tratado bien. El único que con respeto le había pedido su juventud y su hermosura pero dándole a cambio su apellido, la inmensidad de su cariño y su fortuna. No llegó a hacerle conocer el amor, porque eso estaba fuera de su alcance, y además la muerte lo truncó todo. Pero él había sido el único caballero que conoció en todos los días de su vida. Un verdadero señor…

Abrió los ojos, al darse cuenta de que había estado mucho tiempo pensando. Tuvo la sensación de salir de una especie de estupor. Se dio cuenta de que había transcurrido un tiempo increíblemente largo por la distinta posición de las sombras de los muebles. De hecho había comenzado ya el crepúsculo. Y se dio cuenta también de que ahora estaba sentada en el borde de una silla baja, hasta la que había ido con movimientos maquinales e inconscientes, y de que su barbilla estaba apoyada en la palma de su mano derecha. Se dio cuenta de todo eso y de que alguien más se

hallaba en la pieza.

Había recobrado el dominio de sí misma al recordar a Tom Wyler y decirse que él había sido un caballero. Pensó en eso de una forma automática e inconsciente, porque el hombre que ahora tenía delante no lo era.

No, Sergio Luján no tenía nada en común con un auténtico caballero.

Iba con la americana desabrochada, desanudada la corbata, y la mano derecha en el bolsillo, con la actitud del que no está dispuesto a guardar ninguna ceremonia. El hecho mismo de que se encontrase allí, a solas en el pabellón de una mujer, indicaba que los convencionalismos sociales y el respeto a los demás tenían para él muy poca importancia. Sus ojos grises, enigmáticos, un poco rasgados, contemplaron a Ethel con una expresión que no hubiera podido decirse si era de admiración o de brutal indiferencia.

El corazón de Ethel pareció sufrir una sacudida.

—¿Tú aquí? —dijo reaccionando al fin—. ¿Qué quieres?

—Te he estado buscando por todas partes. Al fin he pensado que podías estar en este pabellón.

—¿Me has estado buscando? ¿Para qué?

—No sé si sabrás que hay grupos rebeldes muy cerca de tus tierras. Los peones se muestran inquietos y están esperando que ocurra algo de un momento a otro. Creo que lo más prudente sería que Rosanna y tú marcharais a la ciudad. No creo que allí ocurra nada de lo que en tu hacienda puede ocurrir.

—¿Qué es lo que crees que puede pasarnos aquí?

—No lo sé. Pero lo que un hombre solo no haría nunca quizá, lo hace fácilmente cuando va en grupo. Hay que tener cuidado con ellos.

—Los conozco mejor que tú. Sobre esto no necesito los consejos de nadie. Aunque, recordando lo que ha sucedido hace poco, creo darme cuenta de que tú eres un gran amigo de esta gente. Les hablabas con amabilidad y te escuchaban. Todos parecían pendientes de tus labios.

—Cuando se les habla con amabilidad, todos los hombres escuchan —dijo él secamente.

—¿Qué les decías?

—Que debían conservar la calma. Y que sucediera lo que

sucediera, no dejaran de obedecerte, porque su porvenir estaba junto a ti y porque tú…, tú repartirías entre ellos partes de las tierras.

Ethel se estremeció como si le hubiesen aplicado un latigazo en pleno rostro.

—¿Qué has dicho?

—Lo que acabas de oír. Les he prometido que en la hacienda de los Wyler se haría una distribución de tierras.

—¿Pero con qué autoridad? —saltó Ethel—. ¿Quién eres tú para hacer promesas en nombre de algo que no es tuyo?

La sonrisa del hombre fue ahora un poco despectiva, como si las palabras de Ethel no significasen para él más que un ruido intrascendente, ni grato ni molesto.

—¿Olvidas acaso que he de casarme con Rosanna?

—¡Casarte! —gritó ella con los puños apretados, mientras sus hermosos ojos le envolvían en una mirada de infinito desprecio—. ¡Cásate y sé muy feliz con ella! ¡Reparte tus tierras como te venga en gana, pero no te atrevas a tocar las mías!

—Quieres ser siempre dueña de algo, ¿no? —preguntó él, correspondiéndola con la misma mirada de desprecio.

—¡Quiero ser dueña de lo que me corresponde!

—De nada te servirá —musitó él con voz muy baja, cambiando de repente el tono de sus palabras— si no has conocido ni el amor ni la dicha ni la auténtica vida. ¡De nada te servirá el tener una tierra sobre la que pasearte, sobre la que mandar si tienes que hacerlo sola!

—La soledad no me importa. Estoy acostumbrada a ella desde que empezó mi vida.

—Lo sé, o creo saberlo. Porque en ti hay muchas cosas, Ethel, que adivino de una forma extraña como si en ti hubiese estado pensando desde que supe lo que era pensar. Y así adivino que en esta casa has mordido tu propia soledad y que te has desesperado llorando sabiendo que tu vida siempre sería lo mismo. Adivino que en tu corazón laten pasiones que tú siempre has querido dominar, pero que ahora te están dominando a ti porque ya son más fuertes que tu voluntad y que tú misma, Ethel. ¿Por qué te empeñas en seguir queriendo ser esclava de tu propio dolor? ¿No sabes que estas tierras te atarán como ataron a Tom Wyler que murió sin ser

feliz, como ataron al mío, quién llego a vender a su hijo con tal de conservarlas?

—¿Vender a su hijo? —susurró Ethel, consternada—. ¿Qué quieres decir?

—El me vendió a Tom Wyler con tal de que le perdonara una deuda que podía significar la pérdida de sus tierras. Bien, tal vez sea inexacto decir que me vendió. Fui entregado a él en calidad de criado perpetuo, una especie de esclavo. Y Tom Wyler me empleó para llevar su correo y su dinero a través de las regiones más peligrosas del Estado. Tuve un caballo y un revólver a los quince años. Tuve también una habitación en esta casa y precisamente en la misma caballeriza donde tú me alojaste anoche. Rosanna era entonces tan niña que por eso no me recuerda. Y al servicio de Tom Wyler recorrí todo este país y por su causa aprendí a luchar y a ser veloz con el gatillo. No salí inmune de todas las pruebas, porque hace quince años aún existían muchos más pistoleros que ahora, y en mi piel tengo más de una marca de bala. Pero Tom Wyler era un caballero y correspondió devolviéndome a mi casa y… —Hizo una breve pausa como si le doliera continuar— y entregándome a su hija Rosanna junto con una inmensa fortuna. Tú… tú tenías que haber sido mi madrastra…

El pensamiento le hizo gracia y repitió:

—¡Mi madrastra!

—Todo lo que pudo suceder y no ha sucedido, debe importarnos bien poco —dijo Ethel con un hilo de voz—. Yo no llegué a casarme con Tom Wyler y por tanto lo que pudimos haber sido es como un azar que ya se ha desvanecido en el tiempo. Celebro, de todos modos, que no nos una ningún parentesco.

—Yo sé por qué —dijo Sergio Luján—. Me tienes miedo.

—¿Miedo a ti? ¿Porque te atreves a besar a una mujer cuando está sola? Aquel estremecimiento que sentí no fue de miedo. Sergio Luján, sino de repugnancia.

Dijo lo más fuerte que le vino al pensamiento. Hubiera dicho una palabra aún más cruel de haber sido capaz de improvisarla. Lo que quería era que Sergio la despreciase, que se marchara de allí. Y estaba anhelando con todas sus fuerzas quedarse sola, mientras una voz le decía con cada temblor de los labios: «¡Embustera! ¡Falsa! ¡Has mentido! ¡Estás deseando que se quede aquí, que te bese!…».

Sergio Luján pareció adivinar sus pensamientos. Se acercó a ella y la zarandeó por los hombros brutalmente, mientras sus labios rojos y bien dibujados, tan firmes como si estuvieran tallados en piedra, se acercaran a los labios temblorosos de la mujer.

—Has mentido. Yo sé cuándo una mujer miente. ¡Y sé también que me tienes miedo porque somos iguales, porque los dos hemos pasado lo mismo! ¡Y porque desde el primer minuto que nos vimos adivinaste en mí al hombre que había de vencerte!

Ethel se debatió en sus brazos, tratando de librarse pero no pudo. La presión era demasiado fuerte, y los labios del hombre estaban demasiado cerca.

—¡Márchate de aquí! ¡Márchate o pediré socorro!

—Me marcharé cuando te haya besado. Y te besaré Ethel, ¡porque te quiero! ¡Porque desde que te vi supe que tenías que ser mía!

Sus labios rozaron los de la mujer. Fue solo un momento, porque ella ladeó la cabeza y trató de esquivar la caricia. Y entonces los labios del hombre se hundieron entre sus perfumados cabellos.

Estuvieron así, quietos, un largo minuto. Ethel quería alejarse porque tenía miedo, porque estaba ya a punto de ser vencida. Pero sabía bien que con sus solas fuerzas no podrían librarse del dogal de aquellos brazos. Sabía bien que estaba a merced del hombre, y que éste la besaría otra vez si deseaba hacerlo.

Pero el hombre no se movió. Parecía respirar el perfume, el calor, la presencia de Ethel. Parecía inmovilizado por la sensación de tener algo que llenaba por completo su vida. Cuando al fin soltó a la mujer, sus labios estaban blancos, de tanto dominar la tentación, y en sus ojos grises latía un destello de ira.

—Existe Rosanna —murmuró la mujer—. Ella está locamente enamorada de ti.

—No puede estarlo. Nos hemos visto tan sólo una vez.

—Tú no eres capaz de imaginar las tormentas que anidan a veces en un corazón de mujer. No eres capaz de imaginar el mal que siembra el paso de un hombre como tú.

—Diré a Rosanna que no pienso casarme con ella —afirmó él con una firme decisión impresa en la mueca de sus labios y en la expresión de sus ojos.

—¿Se lo dirás? —sonrió Ethel—, ¿qué harás entonces? ¿Tal vez

casarte conmigo?

—Eres la única mujer por la que me he interesado en mi vida.

—Pero tú no eres para mí el único hombre —mintió ella. Y luego en una reacción—: Y aunque lo fueras, ¿qué importaría? ¿Crees valer más que la inmensa fortuna que puedo heredar? ¿Crees que lucharé contra mis propios intereses dejando que esta boda no se realice?

—Nada podrás hacer.

—¿No? —susurró ella—. Si piensas así es que me conoces mal, Sergio Luján. Tú podrás ser un aventurero y un jugador, pero yo soy una mujer que sabe lo que quiere. ¡Me marcharé de aquí y no volveré hasta que Rosanna y tú seáis marido y mujer!

—¡Sí te marchas yo te seguiré!

—¡En tal caso te haré arrojar de la hacienda! ¡Te haré salir de aquí como a un perro vagabundo, y dejaré que Rosanna te siga! ¡Pero a mí no me verás hasta que hayas tenido que casarte con ella!

—¡Arrojarme de aquí…! —exclamó él con cierta expresión de burla—. ¿Cómo lo conseguirás?

—Si los criados no me obedecen, de un momento a otro tiene que llegar un hombre que el capitán Trevor me enviará para proteger la hacienda. ¡El te echará de aquí! ¡Y yo voy a mandar aviso al capitán para que lo envíe pronto!

Dio bruscamente media vuelta y salió de allí con un portazo. Las tinieblas habían caído ya sobre la hacienda, cuyos edificios parecían grandes manchas blancas en la oscuridad.

No se veía a nadie en la gran plaza ni tampoco junto las casas de los peones. Todo parecía silencioso, muerto.

Y lejos, desde la torre de alguna parroquia rural, llegaba el sonido insistente de las campanas tocando arrebato.

La revolución. Revolución en sus tierras, revolución en su alma. Todo iba a cambiar, y a Ethel le daba miedo pensar en lo que sería el futuro. Porque no quería marchar y dejar solos a Rosanna y a Sergio bajo aquel sol que invitaba a olvidarlo todo y a amarse. Y porque si se decidía por la segunda solución y lo hacía arrojar de allí, sería como si la separasen del único episodio hermoso que hubo en su existencia.

Pero definitivamente ésta era la mejor solución. Lo haría arrojar de allí. Haría que lo expulsasen entre varios de sus criados y el

hombre a quien enviaría el capitán Trevor para vigilar la hacienda.

Precisamente encontró al capitán Trevor en la misma puerta principal de la casa. Ella avanzaba pegada a la pared, igual que la noche anterior, como si sintiera vergüenza y tropezó con él.

Trevor se inclinó ceremoniosamente, llevándose la mano a la visera de la gorra.

—¿Qué tal, señorita Ethel? ¿No ha habido nuevos incidentes en sus tierras?

—¡Oh no! Ninguno más.

—De todos modos debe tener cuidado. Un cuidado llevado hasta la exageración si me permite decirlo. Los grupos rebeldes se encuentran ya en esta comarca, y no sería de extrañar que se les ocurriese penetrar en su hacienda. Han arrasado otras. Con una mezcla curiosa de revoltosos mexicanos y antiguos soldados del Sur.

—¿Usted cree que corremos peligro?

—No me atrevo a asegurarlo, pero deben tomar sus precauciones.

—Y siendo así —preguntó Ethel con voz donde había un tono de acusación— ¿por qué no me ha enviado al hombre escogido que me prometió para organizar la defensa de la hacienda? ¿Acaso lo ha olvidado? ¿O quiere que dos mujeres solas dominemos a un ejército de hombres?

El capitán Trevor se llevó la diestra a la barbilla, sorprendido, sin comprender el alcance de las palabras de la muchacha.

—¿Por qué dice que no lo he enviado, señorita Ethel? ¡Si lo tiene usted a la espalda!

Ethel se volvió entonces y vio, parado tras ella, a Sergio Luján, que la había seguido al salir de la casa.

CAPÍTULO X

Después de haber lloviznado durante toda la noche, hacía un hermoso sol. La tierra húmeda despedía un vapor tierno, enervante, que parecía hablar de vida y de fecundidad a todos los que la pisaban.

Más allá de los edificios de la hacienda en los campos, todo era quietud y silencio.

Rosanna, que vestía sus mejores ropas de amazona, sacó su caballo de la cuadra y lo ató a uno de los postes, dejándolo caracolear, un poco para que el animal se desfogase. Luego, mirando hacia el piso superior, donde estaba la habitación del hombre, gritó:

¡Sergio!

—¿Qué quieres, Rosanna?

Ella se volvió, mientras estaba a punto de lanzar una exclamación de sorpresa. Sergio se hallaba a su espalda, apoyado en el quicio de la puerta, y la miraba con la actitud del hombre que se encuentra en pie desde que el sol empezó a asomar por el horizonte.

Llevaba botas altas y pantalones de montar. Una camisa blanca con las mangas recogidas cubría su poderoso busto.

—¿Cómo es que estás preparado para salir? —preguntó ella dominando su sorpresa—. ¿Es que acaso sabías que hoy iba a venir a buscarte?

—No fui a buscarte yo el otro día, y ni siquiera presenté mis disculpas. Creo que lo menos que podía hacer era estar preparado para cuando vinieras a buscarme tú.

—Eres un hombre extraño —susurró ella.

—Soy simplemente un hombre mal educado.

Se acercó a una de las paredes, descolgó la silla más vieja y la

puso hábilmente sobre el lomo de uno de los potros, ciñendo las cinchas con rápidos movimientos de hombre experimentado. El potro daba muestras de conocerlo, lo que indicaba que Sergio Luján había hecho cierta amistad con los caballos, sus únicos compañeros durante la noche.

—Debes sentirte muy solo aquí —dijo Rosanna con expresión preocupada—. Comprendo que te hemos dado el peor lugar de la casa, y eso no me gusta.

—No tiene importancia.

—En realidad —dijo ella acercándose un poco— deberías haber ocupado uno de los dormitorios de la parte alta.

—No podía ser, ya que vosotras dormís en ella.

Sergio no parecía dar la mayor importancia a las palabras de la muchacha, aunque las escuchaba con atención y daba respuesta a todas ellas. Rosanna tuvo la sensación de que estaba un poco irritado, y eso la hizo mostrarse aún más suave, acercándose a él con los movimientos ondulantes y sinuosos de una gata joven.

—¿Qué importa eso? Una mujer vigila a la otra. Y tú eres un caballero.

—No te fíes de los caballeros. ¿Por qué has dicho eso de que una mujer vigila a la otra?

—Porque Ethel y yo nos odiamos.

—¿Os odiáis o la odias tú a ella? —preguntó Sergio mirándola, mientras sacaba el animal por la brida y lo llevaba hacia la puerta de la caballeriza.

—Quizá sea yo solamente la que la odia —murmuró Rosanna con un hilo de voz—. ¡Pero es porque ella no tiene derecho ni a odiarme siquiera!

—¿Por qué no tiene derecho?

—Se ha convertido en dueña y señora de todo esto, cuando entró aquí poco más o menos que como una criada.

—Si tu padre le confió esta hacienda, por algo sería.

—Porque estaba locamente enamorado de ella.

—Sí —susurró él—. Lo comprendo, Ethel es una mujer donde hay algo blando y salvaje a la vez. Es una mujer que impresiona a los hombres, y no resulta extraño que algunos hayan llegado a perder la cabeza por ella.

—¿Reconoces… que impresiona a los hombres? —murmuró

Rosanna.

Habían salido ya a pleno sol. Y la luz cruda y desnuda, marcó unas arrugas de preocupación en el juvenil semblante de Rosanna.

—Tratar de negarlo sería como tratar de negar lo que nuestros ojos ven. ¿Pero por qué estamos hablando de eso nosotros ahora? ¿Qué nos importa Ethel en este momento? Vamos, monta y tratemos de olvidar lo que no sea esa maravillosa mañana. Hay miles de cosas que tenemos que hablar entre nosotros, y que sólo a nosotros nos importan.

Rosanna sonrió con un brillo de esperanza en los ojos.

El la ayudó a montar y todo el cuerpo de la muchacha se estremeció al contacto de las manos del hombre.

Sergio Luján montó también, y juntos emprendieron el trote hacia el pequeño cerro que se veía en la lejanía. Cuando no llevaban más que unos minutos de marcha él dijo:

—Es extraño. ¿No tienes la sensación de haber sido vendida en el testamento? ¿No has pensado que esa boda con un hombre que al fin y al cabo es un desconocido para ti, tiene algo de monstruoso?

La muchacha se mordió los labios.

—Lo pensé antes de verte.

—¿Pero qué sabes en realidad de mí? ¿Qué puedes pensar de un hombre que ha llegado hasta esta tierra perdida atraído tan sólo por el señuelo del oro?

—Encuentro muy natural que un hombre quiera mejorar de posición y aprovechar las oportunidades que el destino le ofrece.

—¿Y una mujer no?

—¿Es que estás tratando de disculpar a Ethel? —preguntó Rosanna con suspicacia, volviendo el rostro hacia él.

—No trato de disculparla. Está disculpada ya. Quiso casarse con tu padre porque sentía afecto hacia él. Tú, en cambio, aceptaste en principio la idea de casarte con un hombre a quien no conocías.

—¿Me estás acusando, Sergio Luján?

—No. Mis palabras no son una acusación Rosanna, ni pretendo serlo. Tú respetaste la voluntad de tu padre y ella también la respetó. Aceptará resignadamente lo que ocurra. Si tú y yo no llegamos a casarnos, todos sus derechos quedarán reducidos a una pequeña renta, que a duras penas le bastará para vivir.

—Ethel tiene sed de dominio —dijo Rosanna en voz baja—.

Quiere ser la señora de la hacienda más extensa del país. Ése es un único pensamiento.

—Ethel ha nacido para dominar… o para ser dominada —dijo el hombre desviando por un instante la dirección de sus ojos.

—Ya que la detesto lo lógico sería no casarme contigo. Accediendo a nuestra boda, le entregaré la mitad de una inmensa fortuna.

—Exactamente, así es. Tienes en tu mano el que todos sus planes, si es que tú crees que ha llegado a trazárselos, queden desbaratados y por tierra. Nunca una mujer tuvo tan a su merced a otra.

—Sin embargo, hay momentos en que una mujer hasta se olvida de su odio —susurró Rosanna—. ¿Crees que la mitad de esas tierras me importan tanto como mi propia dicha? ¿Crees que yo dejaré de ser feliz porque Ethel no lo sea tampoco?

—¿Quieres decir con eso que verías con gusto que Ethel se quedase con la mitad de la hacienda, si a ti había de hacerte feliz ese matrimonio?

—Sí.

La respuesta de la mujer, seca y tajante, quedó como flotando en el aire. Era igual que si dijera: «Ya he olvidado a Ethel porque sólo me importas tú. Ya no pienso en la suerte de esas tierras desde que tú estás ante mis ojos…».

Y la mirada de la muchacha era espesa, un poco turbia, ardiente.

Era ya la mirada de una mujer.

Y fue entonces mientras esa mirada turbia recorría punto por punto el rostro varonil de Sergio Luján, mientras aquellos ojos femeninos parecían atraerle, absorberle, hacerle suyo, cuando el Dios de la lluvia rompió de nuevo sobre aquella región. En unos minutos el sol se oscureció, el difícil equilibrio de la atmósfera quedó roto, y una tromba de agua se desplomó sobre los campos que, después de la llovizna de la noche, ya volvían a sentir una inacabable sed.

—¡Volvamos a la casa! —gritó Sergio Luján—. ¡Esto puede durar más de una hora y estamos solo a quince minutos al galope de allí!

—Quedaríamos completamente empapados gritó a su vez Hosanna, dominando con su voz el fragor de un lejano trueno. —¡Vamos hacia aquella choza! ¡Allí se guardan las herramientas de

los peones, y estaremos a cubierto hasta que la lluvia cese!

Sin esperar respuesta, dirigió su caballo en línea recta hacia allí. Sergio Luján la siguió, dejando rienda suelta al potro, y éste se detuvo relinchando ante la puerta de ti cabaña apenas dos minutos más tarde. Rosanna descabalgó de un salto y entró, dejando la puerta abierta.

Sergio entró también tras ella pero esa puerta no fue cerrada.

—Tenemos para un buen rato —dijo Rosanna, apoyándose en la pared y mirándole con los ojos entrecerrados—. Y lo peor es que no hay leña aquí para encender fuego.

—No importa: nos secaremos en seguida. Fíjate que nuestras ropas ya casi despiden vapor.

La mirada con que Rosanna le envolvía era extraña, quieta. Nuevamente él se sorprendió al captar en aquel rostro de la muchacha una tan profunda mirada de mujer. Y en aquel cuerpo tan joven un estremecimiento que es tan viejo como el mundo tan viejo como el amor.

—Continuemos hablando —susurró Rosanna—. ¿Serías capaz de decirme por qué has venido hasta estas tierras? ¿Dónde estabas tú cuando tuviste noticia del testamento?

—En Ciudad de México —respondió él.

—La capital está muy lejos. ¿Por qué viniste? ¿Fue solo por la perspectiva del dinero? ¿O pensaste también en el amor?

—No pensé en una cosa ni en otra.

La respuesta dejó atónita a la mujer que se mordió los labios e irguió un poco el busto juvenil, desafiante.

—¿Ni en una cosa ni en otra? ¿Qué quieres decir? ¿Puede saberse entonces por qué viniste?

—No hubiera venido hasta aquí de no verme obligado por una misión especial. Y aun así, al llegar a esta ciudad, ya me había olvidado por completo de lo que un día me dijeron sobre el testamento.

—No te entiendo —la muchacha estaba más asombrada cada vez —. Te juro que no te entiendo. ¿Por qué apareciste entonces por la casa?

—Porque había conocido a Ethel. La conocí en una sala de juego.

—¡Ah, de modo que tú fuiste el hombre que la impresionó! —

murmuró ella entre dientes—. ¡El hombre por quien ella dijo que se había sentido desafiada aquella noche!

—He de reconocer que nuestro encuentro fue un desafío. Pero si la impresioné, debió ser desfavorablemente. Al salir de allí tenía que considerarme por fuerza el hombre más odioso del mundo.

—Sin embargo, tú viniste…

El acento de la muchacha era lento y afilado. Los ojos, que antes miraron con amor, miraban ahora con la expresión de las mujeres de una tierra donde la vida está a un paso de la muerte.

—Vine porque se despertó mi curiosidad de hombre. Porque quería saber qué hacia ella en la hacienda de los Wyler. Además el capitán Trevor me rogó que yo, como agente del Gobierno, hiciera lo posible para proteger vuestra hacienda. Por eso fui aquella noche.

—¿Tú un agente del Gobierno? —susurró Rosanna—. ¿Qué clase de agente? ¿Y cuál era la misión que te trajo a esta tierra?

—Una misión muy educativa —sonrió tristemente él—. Comprar armas a unos traficantes que debíamos encontrar en la costa del Pacífico y repartirlas entre los campesinos para que se opusieran a los hombres del Norte.

—¿Y… no lo hiciste?

Sergio Luján sonrió otra vez, pero sin poder ocultar que una sorda tristeza le devoraba por dentro.

—Yo no sé qué es lo que los campesinos hubieran hecho con esas armas. Si oponerse efectivamente a los hombres del Norte unirse a ellos o emplearlas en beneficio propio. Lo más fácil es eso último, es decir que las hubiesen empleado para la rapiña. Las armas sólo sirven para derramar sangre y para sembrar el odio, y por eso, ya desde el momento en que llegué a esta tierra, decidí que la misión no sería cumplida jamás. Yo no compraría armas ni las repartiría a nadie. Decidí que el dinero sería repartido entre algunos hospitales, pero tuve la mala idea de ir a aquella sala de juego para matar la noche. Arriesgué alguna pequeña cantidad de mis fondos particulares y todo fue bien hasta que de repente entró ella, y las cosas empezaron a torcerse. No sé cómo, pero nos desafiamos los dos. Fue como si nos hubiéramos venido atrayendo desde lejanas distancias, para chocar inevitablemente uno contra otro. Pensé lo mismo que Ethel, y supe que aquel encuentro significaría algo en

nuestra vida.

—Parece como si me estuvieras declarando tu amor por ella —musitó Rosanna con la misma voz reconcentrada y sorda.

—Esto no es una declaración de amor, Rosanna. Quizá sea una declaración de odio.

Fuera, la lluvia seguía cayendo. Ahora era monótona, lenta, implacable. Ahora era como una cortina que los ocultase, como un sonido que ahogara su voz. Era algo que los aislaba y que los enfrentaba como si estuvieran solos en el mundo los dos, sin más palabras que las que surgían del fondo de sus corazones.

—Sergio —musitó ella, de una forma casi inaudible—, yo no sé lo que puedes sentir por Ethel. Sé que todos los hombres sienten algo por ella cuando la ven, porque dicen que hay en sus ojos como una maldición que los arrastra. Pero esto no es más que una sensación vana, la de un minuto que luego ya no vuelve a repetirse. Ethel es ambiciosa sólo desea mandar. Sólo ambiciona autoridad, riquezas, poderío. Yo, en cambio, me doy cuenta ahora que desde que sentí la primera inquietud de mujer he deseado la presencia de un hombre como tú. A mí no me importa esta hacienda si tú te vas, Sergio Luján, porque mi corazón se iría contigo. Me enamoré de ti desde el primer momento de verte, desde que el viento huracanado de aquella noche te trajo a nuestra casa. Te estoy diciendo con esto que, si ambos obedeciéramos los dictados del destino y tú te casaras conmigo, yo sería una mujer que ya no desearía nada, nada…

Su voz, una voz suave, trémula, vibraba de pasión. Su cuerpo se estremecía otra vez con ese estremecimiento tan nuevo como la primera sensación de la juventud y al mismo tiempo tan viejo como el mundo.

—Rosanna —susurró él—, yo no soy el hombre que conviene a una muchacha inexperta como tú.

—¿Qué importa la experiencia? ¿Hace falta algún aprendizaje para conocer el amor y sentirse mujer? ¿Por qué he de volver la espalda a mis sentimientos si tú, el hombre que el destino me ofrece, es aquél con el que he soñado desde que mi corazón empezó a latir?

Se había acercado un poco a él y le miraba con los labios entreabiertos, con la mirada perdida. Toda la choza se había llenado de su presencia, mientras, fuera, la lluvia seguía cayendo,

mansa, mansa, mansa…

Su fuerza había cesado y ahora la soledad del campo estaba llena de un sonido monótono que por contraste parecía hacer las sensaciones más punzantes, más vivas.

—Cásate conmigo… —murmuró ella—. ¡Cásate conmigo!

Sus labios entreabiertos se le ofrecían, y sus ojos cerrados eran como una invitación, como un tácito acuerdo para sus besos.

Pero esos besos no llegaron. No llegaron de la forma que ella esperaba, aunque se estremeció al sentirse apresada por los brazos del hombre y al sentir su ardiente aliento muy cerca de su boca.

—¿Necesitas este triunfo para sentirte mujer? —susurró él.

—¿Qué quieres decir? ¿Es que no me siento ya mujer en este momento?

—Sólo sabrás que lo eres cuando en el amor triunfes también sobre Ethel. Si la vences, te sentirás mujer. Porque necesitas conseguir, siquiera por una vez lo que ella no ha conseguido…

—¡Ethel no me importa! —gritó Rosanna—. ¡Ella es ya como una sombra insignificante en mi vida! ¡Nunca me vencerá! ¿Me entiendes? ¡Nunca!

Sergio Luján sonrió otra vez.

—Pequeña Rosanna —dijo— creo que tienes razón. Si tú me aceptas me casaré contigo. El destino nos ha enfrentado, y todos sabemos que son locos los que intentan oponerse al destino.

La beso. La besó muy levemente en la mejilla, mientras ella se estremecía. Y mientras fuera resonaba monótonamente la lluvia impidiéndoles oír el ruido que producía, al alejarse, un caballo.

CAPÍTULO XI

La lluvia había amainado algo, pero aún seguía empapando la tierra. Y aquel hombre y aquella mujer, cuando llegaron ante el cuerpo principal de edificios de la hacienda Wyler, tenían las ropas tan chorreantes de agua que parecía como si hubiesen estado nadando con ellas toda la mañana.

Sergio Luján ayudó a Rosanna a descabalgar ante la puerta y dijo:

—Ve a cambiarte. Yo mismo encerraré los caballos.

—No, no, eso ha de hacerlo alguno de los criados. Debería estar aquí aguardándonos. Es una falta imperdonable.

—Tienen que estar muy excitados por las noticias que llegan hasta aquí —dijo—. No te preocupes por eso. Y en cuanto a encerrar yo los caballos, no me cuesta ningún trabajo hacerlo. Al fin y al cabo también tenía que ir hasta allí para cambiarme de ropa.

—Hoy mismo te trasladarás a una de las habitaciones superiores —dijo ella con una firme decisión—. No tendré para nada en cuenta los razonamientos de Ethel. Ya has dejado de ser un extraño en esta casa.

—Estoy muy bien en mi actual alojamiento, Rosanna. Pero ya hablaremos de eso.

Dio media vuelta y se alejó con los caballos, a los que llevaba de las riendas. El leve beso había excitado de tal modo a la muchacha, que ésta tenía las mejillas ardientes aun a pesar de la cabalgada y de la lluvia.

Pero Sergio Luján no se fijó en eso. Parecía como si una obsesión le torturase y le robase todos sus pensamientos.

Entró en la caballeriza y amarró los caballos al pesebre. No se veía tampoco a ningún criado por allí. Dentro había una luz blanca,

quieta, apacible.

Había terminado de quitar las sillas y las cinchas, cuando una voz a su espalda musitó:

—Sergio…

No era una voz cariñosa ni amenazadora. Era simplemente una de esas voces que vibran, que laten, ya que no se pueden definir. Era la voz de una mujer que pone en un nombre todo su amor o quién sabe si todo su odio. Sergio Luján se estremeció, volviéndose.

Ethel estaba allí.

No iba vestida como siempre, con aquellos vestidos ceñidos, de ricas telas que moldeaban maravillosamente sus contornos. Iba en cambio vestida de amazona, con una blusa escotada, y el agua de la lluvia había empapado sus cabellos y todo su cuerpo.

En su mano derecha temblaba una fusta.

—¡Ethel! —susurró él—. ¿Qué haces aquí? ¿De dónde vienes?

—Tus preguntas son innecesarias, Sergio Luján —silbó ella entre dientes—. Lo sabes tan bien como yo.

Sí, las preguntas eran innecesarias. Ella les había seguido. Ella había estado escuchando tal vez la última parte de la conversación sostenida en la choza. Ella había visto quizá cómo Rosanna se confiaba a sus brazos. Y ahora su rostro era una máscara que parecía simbolizar el odio.

Estaba más hermosa así, sin embargo. Estaba más hermosa con esas mejillas arreboladas, con esos labios intensamente rojos, con esa excitación que la hacía palpitar toda entera. Y estaba hermosa a pesar de la fusta que temblaba en su mano y la expresión de odio que ahora brillaba en sus ojos.

—Sí —murmuró él—. No hace falta preguntar de dónde vienes.

—Termina de colocar bien esas sillas y vuelve junto a Rosanna —silbó la mujer con una extraña entonación, como si toda la amargura de su vida se destilara en aquella frase.

—Justamente le he prometido volver. Sólo tengo que subir a mi habitación y cambiarme de ropa.

—No necesitas elegir con demasiado cuidado. No necesitas ser elegante. Ahora ya la has enamorado bien.

—Late rencor en tus palabras. Ethel. Late un rencor que no creí que pudiera existir con tanta fuerza en el corazón de una mujer. ¿Qué te importa a ti lo que Rosanna y yo hayamos decidido? ¿No te

favorece nuestra boda?

—Sí —dijo ella con voz ronca—. Vuestra boda es lo mejor para mí. Lo que según parece yo he estado soñando todo este tiempo.

—El día en que Rosanna y yo nos casemos, tú serás una de las mujeres más ricas de esta tierra.

—Una de las mujeres más ricas y envidiadas, porque según la gente ya habré obtenido la mitad de una gran fortuna sin necesidad de casarme con un hombre que me doblaba la edad.

—Entonces, ¿de qué te quejas? —preguntó él con crueldad—. ¿Por qué no aceptas tu destino, que al fin y al cabo es el mejor con que pudiste soñar?

La mujer se sintió recorrida por un espasmo. Su mano derecha tembló de una forma casi frenética, y se pudo ver el terrible esfuerzo que Ethel hacía para contener esa mano para no seguir el impulso salvaje que la obligaba a mover la fusta. Pero al fin ese impulso salvaje venció. Y la fusta cruzó dos veces la cara del hombre.

Sergio Luján no se movió siquiera. No hubo en sus labios ni en su rostro la menor expresión. Y Ethel tembló ante él, llena de excitación, de placer, y al mismo tiempo de miedo.

—Mueve otra vez esa fusta —susurró él—. Sólo otra vez.

—Eres un caballo rebelde, ¿verdad? ¿No has tenido suficiente castigo?

—Tres golpes es lo que necesito para perder el control de mí mismo —silbó él—. Tres golpes y te besaré. Te haré sentir con mis labios lo que no puedo hacerte sentir con mis manos.

Ethel supo que él decía la verdad. «Otro golpe y me besará —pensó—. Otro golpe y estaré a la fuerza en sus brazos».

No quiso demostrar que tenía miedo. Quiso desafiarle también, como le desafió en la sala de juego. Y la fusta se alzó otra vez, cruzando el rostro del hombre.

En éste habían aparecido dos surcos de sangre.

Su mano derecha sujetó a la mujer con los cabellos, pero muy suavemente, junto a la nuca. Le echó la cabeza hacia atrás, mientras ella temblaba, mientras todo en su cuerpo de mujer parecía palpitar, y entonces se unieron sus labios.

Fue un beso muy breve. De repente él la soltó, como si sintiera asco o como si tuviera miedo a ser dominado por el diabólico

placer. Y al soltarla lo hizo con tal brusquedad, que la mujer retrocedió y fue a dar de espalda contra las pilas de paja.

Desde allí miró a Sergio Luján con los ojos entrecerrados, envolviéndole en una mirada venenosa.

—Pagarás esto —silbó—. Pagarás cien veces esto.

—Lo estoy pagando ya —silbó con las facciones crispadas—. ¡Y no puedes imaginarte de qué manera!

—¡Sergio! —gritó ella—. ¡Sergio!

El se volvió. Y vio entonces lágrimas en los ojos de la mujer. Y vio como temblaban sus labios y como sus manos parecían acariciar el aire.

Desvió la mirada.

—Será mejor que me case pronto con Rosanna —susurró.

Ella se aproximó poco a poco, y por primera vez vio él una mirada de pena y de sumisión en sus ojos. Pero esta mirada pronto se vio sustituida por la expresión rebelde de una mujer que no había claudicado jamás.

—Si te casas con Rosanna será mía la mitad de la hacienda —susurró—. ¡Y habrá guerra! ¡Te juro que habrá guerra! ¡Tendréis que destruirme a mí o yo os destruiré a los dos!

—Supongo —murmuró él— que eso es justamente lo contrario de lo que deseaba Tom Wyler.

—Tom Wyler quiso premiarte a ti y dar a Rosanna un hombre que le defendiera. ¡Pero no contó con mi corazón! ¡No contó con que yo sea una mujer que también tiene sus sentimientos, su vida! ¡No quiso ni llegar a pensar que al verte, yo… yo…!

Se estremeció. No se atrevía a decir lo que su corazón estaba gritando desde que por primera vez chocaron las miradas de los dos.

—¡No quiso contar con que yo me enamorara de ti! ¡No pensó también que tú podías ser el hombre de mi vida!

Sergio Luján la apartó un poco para mirarla. Pareció como si en sus ojos grises hubiera nacido un mundo de ilusión para morir al instante.

La mujer temblaba toda entera. Toda ella era en esos momentos como un doloroso y lento palpitar.

—No debes renunciar a lo que ya es tuyo, Ethel —musitó—. No renuncies a ser una mujer poderosa por seguir los dictados de un

minuto de pasión.

—¡Tú no amas a Rosanna! —susurró ella, estremeciéndole—. ¡Tú no la amas! ¡Y le has dicho que te casarías con ella sólo pensando en mí, para que yo no perdiese la mitad de esas tierras! ¡Al decir a Rosanna que la amabas, estabas diciendo en realidad que me amabas a mí!

—Estás loca, ¡Ethel!

—¡No! ¡Jamás he visto las cosas con tanta claridad! ¡No la amas ni la podrás amar nunca! ¡He oído lo que le has dicho en la cabaña: de no haberme visto a mí, nunca habrías venido a esta hacienda! ¡Y ahora pretendes negar que seamos el uno para el otro, que desde que nos vimos hubo algo que nos unió a los dos!

—Las pasiones de nada sirven en la vida —musitó él—. El dinero, sí. Procura no olvidar esto.

—Dices que las pasiones no sirven para nada en la vida. ¿Y qué late en tus palabras sino la pasión? ¿Por qué vas a casarte con una mujer a la que no amas, sino para proporcionarme a mí lo que crees que va a ser mi dicha?

Sergio Luján hizo un último esfuerzo. La tomó suavemente por los hombros e intentó que ella no se diera cuenta de cómo temblaban sus dedos al contacto de la mujer. Así muy suavemente la llevó hasta la puerta, desde donde se divisaba los campos.

—Casi todo esto puede ser tuyo, Ethel, piénsalo bien. Piensa que no debes renunciar a esto por una pasión. ¡Aunque yo luego en los momentos de mi terrible soledad, maldiga el instante en que mis ojos te vieron!

—¿Dices que mire esas tierras? —rió ella de una forma dolorosa y seca—. Míralas tú también y date cuenta de que están desiertas. Todos los hombres las han abandonado ante el anuncio de la rebelión contra el Norte. ¿De qué sirven unas tierras que nadie puede cultivar? ¿De qué sirve una casa que he de habitar yo sola?

La presión que las manos del hombre ejercían sobre sus hombros se hizo más estrecha.

—Nunca debí haber venido a esta casa —susurró.

Hizo volverse a la mujer, enfrentándola con la dureza casi agresiva de sus ojos.

—¡Porque yo te quiero como no he querido a nadie! —rugió—. ¡Porque estás en todos los momentos de mi vida! ¡Porque está en

mis ojos y en mi sangre! ¡Te quiero porque tú y yo nunca podríamos hacernos daño! ¡Te quiero porque tú y yo nunca podríamos sernos indiferentes, sino que estábamos destinados al amor o al odio! Cuando tú te alejes yo ya no tendré esperanzas y perderá su significado cualquier otra mujer. Todo será distinto cuando tú y yo nos separemos… ¡Pero nos separaremos, porque no estoy dispuesto a que lo pierdas todo por mí!

La soltó bruscamente otra vez y se alejó en dirección a la casa. Ethel apretó los puños, mientras su pecho subía y bajaba espasmódicamente, y mirándole gritó:

—¡No me conoces aún Sergio Luján! ¡Me has visto rendida a tus pies pero eso sólo ha sucedido una vez y no volverá a suceder nunca! ¡Porque he tenido que enfrentarme con muchos hombres y nadie me ha vencido aún! ¡Cásate con Rosanna y me obligarás a odiarla! ¡Me obligarás a que sea hasta el fin tu enemiga pero lo seré! ¡Y entonces sí que maldecirás cien veces el día en que nuestros ojos se cruzaron!

El que ya estaba a unos pasos de distancia, se volvió. Jamás hubiera creído Ethel que unos ojos tan grises como aquéllos pudieran volverse tan intensamente rojos.

Volvía a llover Otra vez volvían a tener la sensación de estar solos y aislados del mudo. Los dedos del hombre, como piezas de acero, se hundieron en la carne blanda de la mujer.

—Me has dicho quien eres tú, pero parece como si ignoraras quién soy yo, Ethel. Si a ti no te ha vencido ningún hombre, a mí jamás me ha vencido ninguna mujer. Y si tú y yo llegáramos a enfrentarnos como enemigos, sólo Dios sabe lo que llegaría a ocurrir.

—¿Pretendes asustarme? —rió ella secamente—. ¿Quieres conseguir que me acobarde?

El la zarandeó y sus labios casi la rozaron. Y en efecto, ella tuvo miedo, porque la mirada de aquellos ojos era demasiado violenta y salvaje. Era una mirada como ella no había visto jamás en ningún otro hombre.

—¿Por qué te quiero tanto, Ethel? —susurró él—. ¿Por qué esta maldita sensación de que, si no eres mía, toda mi vida quedará destrozada? Quisiera separarme de ti, quisiera fingir indiferencia ante tus palabras y no puedo. ¡Anulas mis pensamientos, mi

voluntad, todo! ¡Sé que si me caso con Rosanna cometeré un pecado monstruoso porque te seguiré queriendo a ti!

Ethel se estremeció, cerrando un instante los ojos. Aquellas palabras eran como latigazos, pero le causaban placer. Todo lo que pensó durante su vida, todo lo que quiso quedaba anulado ante ese momento en que volvía a ser una mujer sola ante un hombre solo, inmóviles los dos sobre una tierra misteriosa y ardiente.

—Te quiero —susurró él—. Te quiero tanto que llegas a darme miedo, porque sé que el amor desesperado que siento por ti acabará venciéndome siempre.

—Vayámonos de aquí —suplicó ella—. ¡Vayámonos de aquí! ¡En la ciudad podremos casarnos y olvidaré esta hacienda, olvidaré todo lo que no seas tú! ¡Nada me importa si sé que te tengo a mi lado!

—Nuestra vida no podrá ser fácil —susurró él—. Derroché un dinero que me habían entregado para comprar armas y para que se matasen los hombres. Sé que con ello he salvado muchas vidas pero desde el punto de vista legal y ante unos hombres que ansían la guerra yo soy responsable de esa suma.

—La tengo toda yo excepto cinco mil dólares que entregué a la mujer de Grajales, el capataz —dijo Ethel ansiosamente, con la misma ilusión que tendría una chiquilla al sacar de un apuro a un hombre al que admirase.

—Oh, no —sonrió él—. Ese dinero sería empleado para la guerra. Pedirían a otro que comprase las armas que yo no he querido comprar. Más vale que lo repartas entre tus colonos; ellos sabrán emplearlo mejor.

—Pero ¿y entonces tú? —preguntó ella.

—¿Qué me importa, si mi conciencia está tranquila? Lo único que no me perdonaría es haber ayudado a que unos hombres que son mis hermanos se matasen. Lo demás no me afecta. Tampoco pensaba quedarme en el Sur, sino irme al Norte. Desde el momento en que me confiaron esta suma para comprar armas mi decisión ya estuvo tomada. No las compraría yo ni las compraría nadie. Sé que todo eso no va a ser fácil para ti, Ethel. Habrá que empezar de nuevo. Vine a esta tierra con el nombre falso de Roberts porque me traía hasta aquí una misión fea y peligrosa. A partir del momento en que unamos nuestras vidas, las cosas no serán sencillas. Tendremos que luchar, cosa que a mí no me importa, pero que puede

importarte a ti, puesto que al fin y al cabo dejas de ser dueña de la mitad de una inmensa fortuna.

Los ojos luminosos de Ethel le contemplaban ahora con una expresión inefable.

—¿Crees que eso me importa? Sé que has luchado con todas tus fuerzas para que yo siguiese siendo dueña y señora, la respetada, la poderosa. Estabas incluso dispuesto a un matrimonio con una mujer a la que no amas. ¿Crees que, después de todo eso, me importa luchar? ¿Qué otra cosa he estado haciendo toda mi vida?

Sus ojos aparecían más brillantes, más luminosos que nunca. Y sus labios, donde palpitaba la esperanza, nunca habían sido tan tentadores como en este minuto crucial.

Pero algo pareció ir aturdiéndola poco a poco. Algo como un pensamiento oscuro y sombrío en su cráneo. Se desasió suavemente de los brazos del hombre y caminó dos pasos hacia el exterior, mirando los altivos arcos que remataban el edificio principal de los Wyler.

—¿Qué te ocurre, Ethel? —preguntó él.

Y ella, desviando la mirada como si tuviera vergüenza, dijo:

—Hemos estado hablando de nosotros, pero existe alguien a quien hemos olvidado completamente: Rosanna.

CAPÍTULO XII

Causaba una extraña sensación verlo todo tan solitario, tan desierto. Parecía como si una plaga hubiese pasado por la que fue orgullosa hacienda de los Wyler, llevándose los hombres, los animales, todo. Un sentimiento de desolación atravesó como un cuchillo el corazón de Ethel al ver el inmenso espacio desierto ante las casas de los peones.

Fue hacia allá poco a poco, conteniendo la respiración, como si aquella soledad y aquel silencio le hubiesen entrado en el alma.

Poco antes había ido a su habitación, recogiendo el dinero y los títulos de propiedad de las tierras que le quedarían una vez ella se casara con Sergio Luján, y lo puso todo sobre su mesa escritorio. Sabía perfectamente cuáles eran las familias más necesitadas y más honestas que vivían en la hacienda. Al pie de los títulos de propiedad puso de su puño y letra unas disposiciones repartiéndolas en pequeñas porciones entre los colonos más necesitados. Igual hizo con el dinero, detallando su distribución en una breve lista.

Luego había ido en busca de su administrador. Éste era el único que permanecía en su puesto, en su pabellón aparte de la casa. De Rosanna no había encontrado la menor señal. Parecía como si se la hubiese tragado la tierra.

El administrador estaba asustado. No podía ocultarlo.

—Se han marchado todos. Unos van a unirse a los semilleros del Sur, otros huyen hacia los montes. Parecen dominados por el pánico. Yo no sé qué hacer ni puedo imaginar lo que será de esto, cuando también los peones mexicanos se den cuenta de que pueden saquearlo todo.

—No importa. Vea esos títulos con mis notas manuscritas y ponga esta lista dentro de este maletín, junto al oro. Debe ir a la

ciudad y entregarlo todo al notario. Ya tiene usted poderes para obrar así. Debe decirle que acate inmediatamente, tal como yo he dispuesto aquí. Vaya con cuidado y solicite la ayuda de Sergio Luján: él le acompañará. El trayecto hasta la ciudad puede ser peligroso.

—Así lo haré, señora.

La palabra pareció vibrar unos instantes en los oídos de la joven. «Señora». «Quizá sea ésta la última vez que este hombre me llame así».

Y ahora, después de hacer todo esto, se dirigía hacia la casa de los peones. Sobrecogida por la soledad, caminaba poco a poco hacia las humildes chozas de los que siempre sirvieron a los Wyler, y de los que un día pensó iban a servirle también a ella. Abrió las puertas y vio los interiores vacíos, los humildes dormitorios con las camas desnudas, las paredes cuarteadas donde los niños habían dibujado algún muñeco que nunca tendrían. El miedo podía sentirse como una presencia física dentro de aquellas chozas. Todos los que un día las ocuparon, habían huido impulsados por el pánico hacia lo que ellos creían refugio seguro, hacia las montañas.

El Sur y los guerrilleros de Quantrell volvían a desencadenar la guerra.

Ethel salió a la gran plaza. Necesitaban un rayo de luz —dijo en voz alta—. Necesitan que alguien les ayude. Y en aquel momento la hacienda de los Wyler le pareció como un inmenso cementerio. La casa, al fondo, se destacaba orgullosa, pero sola, como si sobre ella hubiese caído una maldición.

Ethel caminó poco a poco hacia allí. El sol había vuelto a salir, y ahora alumbraba los objetos de una forma extraña, oblicua, como si él mismo estuviese agonizante.

Y entonces vio a Rosanna.

Rosanna avanzaba hacia ella con las facciones ligeramente contraídas. Hacía esfuerzos para dominarse, pero le era imposible. Una mueca de inquietud había asomado a sus labios, como si ella también comenzase a sentirse dominada por el pánico.

—¿Qué haces aquí. Ethel? —preguntó.

—He estado cerciorándome de que todos los peones se han ido.

—Muy bien, eso lo sabía ya. ¿Pero dónde está Sergio Luján? ¿Pretenderás decirme que él se ha ido también, que también ha

buscado refugio en las montañas porque siente miedo?

—Te he buscado antes para hablar contigo, Rosanna.

—¿Qué tiene que ver esto con Sergio? ¿Dónde está él?

—Ha ido a la ciudad con el administrador. Necesitaba que Sergio le protegiera.

—¿Y dónde ha estado durante todo este tiempo?

Rosanna exigía, hablaba como una mujer que ya tiene adquirido un derecho. Ethel se mordió los labios al darse cuenta de eso y de que estaban las dos a solas, enfrentadas con los problemas de los corazones.

—He estado disponiéndolo todo para que se repartiera entre los colonos el dinero que gané a Sergio. También he hecho lo necesario para que se repartieran del mismo modo las tierras que me corresponden de la herencia.

—¿Es decir lo que te corresponderá cuando yo me case con Sergio? No tenías necesidad de renunciar a tanto. Podías haber hecho felices a muchos colonos y seguir siendo rica. ¿Crees tú que esa gente que no ha tenido nunca una moneda sabrá ahora aprovechar tanto oro?

Ethel cerró los ojos un instante, y a pesar de eso todo el sol de la mañana pareció entrar a través de sus párpados. Pareció disolverse en su sangre, y cargó con un intenso rubor sus mejillas y toda su cara.

—Con lo que en realidad me corresponde de la herencia no hubiese tenido dinero para hacer feliz a nadie, caso de quedarme yo con una parte. Era poca cosa.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes de sobra que no es mucho lo que me corresponde en caso de que tú no te cases con Sergio.

—Entonces…, ¿es que va a ser otra persona la que se case con él?

Las dos mujeres, quietas en la gran plaza solitaria, parecían dos estatuas. Pero, desde cerca, era posible advertir que vibraban sus músculos, que vibraba toda su piel.

—Exactamente, Rosanna. Para decirte esto te he estado buscando casi toda la mañana.

—¿Y quién es mi rival? —susurró la joven enseñando los dientes en una sonrisa ingrata, que deformaba sus facciones.

—No quisiera discutir, Rosanna. Te suplico que me perdones. No quisiera discutir…

—¿Has venido aquí para decirme la verdad o para emplear medias frases sin ningún sentido?

—Te he buscado para decirte la verdad.

—¡Pues habla!

La voz de Rosanna casi había parecido un rugido. Sus facciones estaban crispadas y sus diez dedos parecían como si quisieran arañar el aire.

Nunca había visto a Rosanna así. Más que una mujer era como una leona que defiende contra todos su presa.

—¡Habla! —repitió—. ¡Habla!

Ethel tragó saliva lentamente, muy lentamente, y notó que ésta le sabía amarga.

—Tu rival soy yo, Rosanna.

—¿Tú? —saltó la muchacha—. Lo imaginaba. Era estúpido pedirte que hablases, que reconocieras al fin que eres mi enemiga. Era estúpido que nos mirásemos las dos quietas bajo el sol, como si tuviéramos algo que decirnos, cuando en realidad lo único que tenemos que hacer es odiarnos hasta la muerte.

—Rosanna, por Dios…

—No necesitas rogar, Ethel —pronunció el nombre con desprecio como si estableciera una barrera insalvable entre las dos —. Como yo tampoco necesitaba preguntarte.

—¿Por qué lo has hecho entonces? ¿No sabías ya que yo estaba enamorada de Sergio Luján?

—Quería oírte decir con tus propios labios que eres mi enemiga.

—Yo no soy tu enemiga, Rosanna. No lo he sido nunca. Sabes, que por el contrario, y aunque ahora las dos disputemos el amor de un mismo hombre, te he querido siempre como si fueras mi hermana.

—¡Tu hermana! No era ése el puesto que anhelabas. Lo que tú querías ser realmente era mi madrastra.

—¿Qué locuras estamos hablando, Rosanna? ¿Es que es más culpable mi corazón porque no se atreva a mentirte?

Rosanna rió. Rió seca y despiadadamente, y su risa fue un insulto lanzado a la cara de Ethel.

—¿Hablas de culpa? ¿Tú, la que vino aquí con la ambición y el

propósito de convertirse en dueña de esta casa? ¿La que trastornó la vida de mi padre hasta verlo a tus pies como un esclavo? ¿La que me atormentó con su presencia, hasta hacerme sentir inferior, demostrándome que sabías más que yo, que eras más mujer que yo, que podías llegar a sitios que yo no alcanzaría nunca? ¿Tú me quisiste, Ethel? ¿Tú, que has sido como una sombra negra en el camino de mi vida?

—Te hace hablar el rencor, Rosanna. Lo único que he hecho es tratar de enseñarte lo que yo sabía. Me pagaban para que fuera tu maestra, y nadie puede sentirse humillado porque un maestro le enseñe.

—¡Pero a mí me humillaba el que fueras una mujer casi tan joven como yo! ¡Eso me humillaba y me hacía sentirme inferior a ti! ¡Eso ha amargado las horas y los años más hermosos de mi vida!

—Si creías que yo no te era útil podías haberlo dicho a tu padre —susurró Ethel desviando sus ojos castigados por el sol—. Posiblemente me hubiera despedido. Y estoy empezando a pensar que así hubiese sido mejor.

—Mi padre no me hubiera hecho caso.

—Estamos hablando de una historia vieja y un poco estúpida, Rosanna. Nadie es capaz de decir lo que hubiese ocurrido de marchar yo de esta casa. Pero mantengo mi derecho a afirmar que te aprecio y que hubiera hecho por ti todo lo que hiciera por una hermana menor. Tú has sido mi preocupación y mi problema durante todo ese tiempo. Lo eres aún.

—Si de verdad me apreciaras no tratarías de arrancarme el amor de Sergio Luján.

—El me ama también a mí, Rosanna.

—¡Mientes! Está obsesionado por ti, que no es lo mismo. ¡Está impresionado por tu belleza, de la misma manera que impresionaste a mi padre!

Ethel se irguió un poco, y su mano derecha estuvo a punto de moverse. Quizá hubiese abofeteado a Rosanna, quizá hubiese detenido su movimiento en el último instante. Eso nadie hubiera podido decirlo. Pero la voz de la muchacha la hizo encogerse, como si hubiera sido picada por un áspid.

—¡Porque lo único que sabes es engañar a los hombres!

—No tienes derecho a insultarme —susurró Ethel con voz muy

débil, casi con humildad—. Algún día te darás cuenta de que haces mal. No puedes insultarme por el simple hecho de decirte la verdad. Yo amo a ese hombre, y él me ama a mí. Es algo contra lo que no podemos luchar. Algo que no está en nuestras fuerzas impedir, como no podemos evitar que por nuestras venas corra nuestra propia sangre.

Rosanna echó la cabeza hacia atrás, levantando orgullosamente el mentón y avanzó dos pasos hacia Ethel. Parecía que de repente hubiera dejado de ser para siempre una muchacha. Parecía como si toda la dulzura que en un tiempo tuvo se hubiese disuelto en su propio aliento que ahora era espeso, denso, amargo…

—¡No eres más que una mujerzuela, Ethel! ¡Y nunca podrás enfrentarte conmigo! ¡Nunca podrás disputarme nada!

—Nada te disputo. Tú no amas a ese hombre. No quieres más que conseguir un triunfo sobre mí: eso es todo.

—¿Y si fuera verdad? —susurró Rosanna—. ¿Y si yo sólo quisiera triunfar sobre ti?

—Te equivocarías. En tu propio orgullo estaría el castigo. Nunca podrías ser feliz con un hombre al que no amases.

—Pero no es difícil amar a Sergio Luján… —susurró ella con una expresión burlona.

Las dos mujeres casi se tocaban. El sol implacable hacia brillar sus frentes, sus ojos. Ethel susurró:

—Ya he renunciado a mis tierras, Rosanna Ya no seré dueña y señora de nada. ¿Qué quieres? ¿Que renuncie también a él?

—Más te valdrá renunciar porque de lo contrario seré siempre tu enemiga.

—Lo eres ya, Rosanna. Y voy a hacerte una pregunta.

—Hazla.

—Si Tuvieras que elegir entre su poderío, tu dinero y el corazón de ese hombre, ¿qué elegirías? ¿Unirías tu nombre al de alguien que tendrá que empezar de nuevo su vida?

—Yo no renuncio ni renunciaré a nada. Y el hombre que esté junto a mí tendrá todo el dinero y el poderío que yo tenga.

Ethel bajó la cabeza. Un pensamiento pareció bailar ante sus ojos y penetrar luego por ellos, hiriéndolos. Aquel pensamiento le dijo que el hombre que se diese a ella nunca tendría nada.

—Yo sólo le ofrezco mi corazón, Rosanna, pero creo que es lo

único que él desea.

—¡Tu corazón! —rió Rosanna—. ¿Y qué haréis con él? ¿Cómo vais a empezar una nueva vida? ¿Te das cuenta de lo que le haces perder? ¡Ahora no eres más que una miserable y lo serás durante el resto de tus días!

Ethel irguió el cuerpo, levantó su mirada y por unos instantes hubo en ella la majestad que le daba la vieja y noble sangre de sus antepasados. La majestad de los que siempre estuvieron por encima de los Wyler, hasta que un día el destino quiso que cambiara todo. Ethel comprendió que sería inútil disputar con Rosanna, y en ese momento supo que había perdido la partida. Porque cuando ella dejaba de luchar por una cosa era para perderla, nunca para llevársela a espaldas de los otros.

Diré a Sergio Luján que vuelva aquí —dijo—. Le rogaré que hable contigo. Y a mí, Rosanna, no me veréis nunca más.

Volvió la espalda y se dirigió rápidamente hacia las cuadras. Un momento después partía al galope en un caballo al que no había ensillado siquiera.

CAPÍTULO XIII

El camino describía una larga curva, con lo que era posible, para cualquiera que pasase por él, ver durante un buen rato la inmensa explanada de la hacienda de los Wyler, Durante varios minutos, mientras Ethel galopaba, pudo ver, pues, a Rosanna, que quieta en el centro de la enorme plaza dirigía una mirada circular a sus tierras. Vista desde aquella distancia parecía más que nunca su orgullosa dueña, y diríase que se adivinaba su sentimiento de dominio sobre ella; un sentimiento que estaba por encima del amor que había dicho sentir por Sergio Luján. Casi con lástima, Ethel también contempló las tierras, la figura lejana de Rosanna, y cerrando los ojos pidió más velocidad a su caballo, pues cuanto antes terminase aquel suplicio sería mucho mejor para ella.

Que se quedase Rosanna con todo. Con las tierras y con el corazón de Sergio si es que aquel corazón podía ser poseído por alguna mujer. Ella no se llevaría nunca nada como una ladrona. Que Rosanna se lo quedase todo…

Pero Rosanna, en este momento, sólo pensaba en sus tierras. Ethel lo sabía. Sabía que las estaba dominando con la mirada y que se enorgullecía de poseerlas. Siempre las amaría más que a Sergio, y no estaría dispuesta a sacrificar nada por llegar a ser la única dueña del corazón del hombre.

Las lágrimas bañaban las mejillas de Ethel, Ella que quería ser fuerte, lloraba ahora como una niña. Pero apretó las riendas, cerrando las manos con todas sus fuerzas, y se propuso soportarlo todo hasta el fin.

El camino seguía luego por entre unas rocas y al fin se transformaba en una senda polvorienta. Ethel lo conocía bien porque era el que conducía a la ciudad. Siguió excitando el galope

de su caballo y al fin oyó varios estampidos en la lejanía.

Disparos. Algunos hombres —desde luego eran más de uno— tiraban con revólveres frente a ella.

Con el corazón estrujado por el dolor, sintiendo cómo toda su sangre le golpeaba sordamente en las sienes, y sintiendo también cómo se nublaba peligrosamente su vista, se atrevió a excitar más todavía al caballo. Estuvo a punto de caer. Pero al fin, tras unos minutos de frenético galope, llegó a una explanada donde había un hombre solo.

Sergio.

El hombre erguido como si desafiase el peligro, estaba ahora oteando el horizonte con un revólver humeante en su mano derecha. Junto a él había un caballo muerto, y por el brazo izquierdo de Sergio Luján corría sangre. De sus enemigos no se divisaba más que una lejana polvareda entre unos peñascales. Debían ser cuatro o cinco. Ethel se dejó caer del caballo y, gimiendo, fue al encuentro del hombre.

—¡Sergio! —susurró—. ¡Dios mío! ¡Tienes que volver a la hacienda! ¡Estás herido!

El corrió a su encuentro, enfundando el revólver, y la ayudó a sostenerse con su brazo sano. De los dos, parecía Ethel la que había sufrido la herida.

—No es nada —sonrió secamente—. Un simple rasguño, al que bastará limpiar para que no se infecte.

—¿Pero qué ha ocurrido? ¿Quiénes eran esos hombres?

—Unos simples bandoleros. Gente que atraviesa la frontera para robar. Empezaron por matarme el caballo, pero logré ponerlos en fuga. Gracias a Dios no hizo falta que matara a ninguno.

—¿Llegasteis a entregar el dinero? —jadeó Ethel.

—Sí. Tu administrador se ha quedado en la ciudad ultimando los trámites. No me he marchado de allí hasta estar completamente seguro de que todo se haría según tus deseos.

—Entonces, ¿lograremos repartirlo entre los colonos? ¿No se ha perdido nada?

—Nada. Las cosas se harán según tus deseos. ¿Crees que iba a dejarme arrebatar un solo centavo, después de tu sacrificio?

Ethel cerró los ojos durante un instante. «Mi sacrificio empieza ahora —pensó—. Empieza ahora y tú estás lejos de sospecharlo…».

Ethel miró a lo lejos, entre los peñascos desde donde habían tirado contra Sergio, y una irreprimible fuerza la llevó hasta allí. Sergio la detuvo.

—¿Que vas a hacer?

—Quiero saber quién disparaba contra ti. Necesito saber si son simples bandidos de las que atraviesan la frontera.

—Lo son; te lo he dicho yo.

Ella le miró intensamente, quietamente, mientras contenía la respiración.

—Por esta vez mientes, Sergio Luján. Aquí hay algo más de lo que dices y quiero comprobarlo.

—¡Espera, no seas loca!

Ella caminaba ya hacia los peñascos y su agilidad le hacía deslizarse entre las piedras como si fuese una gacela. El la siguió, pero su herida le impedía moverse con entera libertad. De pronto vio que Ethel se detenía, con los ojos espantosamente abiertos.

—Pe… pero… —balbució.

—Sí… Ya comprendo que te extrañará ver aquí al capitán Trevor —dijo Sergio, tras ella, con un soplo de voz—. Y te extrañará también ver a ese hombre de media edad, que debe recordarte vagamente al padre de Rosanna. Yo hubiese preterido que no lo vieras, Ethel.

Ethel sintió que se desvanecía. Sus ojos se nublaron, y Sergio tuvo que ayudarla a sostenerse con su brazo sano.

—¿Por qué? —gimió—. ¿Por qué?

Sergio, ante todo, la apartó de allí. Su voz temblaba levemente al explicar:

—Había en el testamento del general Wyler algo que ni tú ni Rosanna considerasteis como importante —explicó— por el hecho de que ambas erais jóvenes y estabais llenas de vida. Me refiero al hecho de que, si moríais las dos, el heredero de la fortuna sería el único hermano del general.

—¿Aquel nombre… que… que estaba…?

A Ethel le costaba hablar. Fue Sergio quien continuó por ella:

—Sí, ese hombre. Y a él se le ocurrió pensar que liquidar a dos mujeres solas e indefensas no iba a ser tan difícil. Contrató para ello los servicios de un asesino profesional que extrañamente, por azares de la guerra, había llegado a ser capitán en el ejército de los

vencedores. Tuvo oportunidad de reemprender una vida honrada, pero la paga de capitán no le bastaba ni para sus vicios más pequeños, de modo que empezó a aceptar de nuevo, por parte de personas de mucha confianza algunos «trabajos» de los que antes habían constituido toda su fuente de ingresos. Uno de esos trabajos se lo encargó el hermano de Wyler. Pero tuvo algunas dificultades en El Paso, hubo de matar a un alguacil y las cosas se le complicaron. Entonces pensó que, ante todo, debía eliminarme a mí. Yo viviendo cerca de vuestra casa era un peligro demasiado grande. Por eso han intentado hoy matarme los dos.

—Pero… pero eso no puede ser —susurró Ethel, desfallecida—. El mismo capitán Trevor fue quien te recomendó…

—Él creía recomendar a un federal borracho que no hubiera durado aquí tres días. Pero yo usurpé su puesto.

—¿Por qué?

—Porque Wyler me lo mandó —susurró él— porque antes de morir me escribió una carta rogándome que os protegiera. Pensé que dos mujeres ricas y solas pueden ser víctimas muy fáciles y decidí suplantar al federal que había de protegeros, al saber que no era más que un borracho. Los sucesos me han dado la razón.

Ethel fue a decir algo, fue a gritar tal vez, porque sus pensamientos eran un volcán, pero de pronto vio otra vez la herida de Sergio Luján. Y repentinamente todo dejó de existir para ella, nada tuvo importancia excepto aquella herida por donde él estaba perdiendo su vida y su sangre.

—Tienes que volver a la hacienda, Sergio. Tienes que volver en seguida para que te curen esto —dijo en voz alta, cortando sus pensamientos.

—No tiene importancia. Ya te he dicho que es un simple rasguño, y que bastará lavar la herida con agua.

—En la hacienda podrás estar bien atendido.

«Dejaré que Rosanna le cure la herida —pensaba Ethel mientras tanto—. Renuncio a él porque no quiero que ella diga nunca que se lo he robado, y porque junto a ella podrá ser un hombre poderoso, mientras que a mi lado… —Los pensamientos de Ethel se detuvieron un instante en este punto—. Será un hombre rico si se casa con Rosanna. El destino tenía dispuesto que se casase con ella. Yo no debo entorpecerlo…».

—Debes volver a la hacienda —repitió.

Pero parecía como si él sospechase algo. Sus ojos brillaban extrañamente bajo el sol.

—No lejos de aquí hay un arroyo.

—Correrás peligro si no curas esta herida, Sergio. Por favor…

—¿Es que tienes algún interés en que vuelva con Rosanna? —preguntó él, que parecía adivinar hasta sus más secretos pensamientos.

—El Destino tenía dispuesto que te casaras con ella.

—¿Qué me importa a mí el Destino? ¿No sabes ya que sólo te amo a ti? ¿No sabes que tu corazón, tu vida, tus besos, son las únicas cosas que ambiciono en esta vida?

—Ni mi corazón ni mis besos, en mi vida valen gran cosa, Sergio Luján. No te opongas al Destino y cásate con Rosanna.

El rió de una forma seca, cruel, que hizo daño a los oídos de la mujer. Parecía como si se burlara de ella, como si se burlara de sus dudas. Sin embargo, la pasión latía en cada una de las inflexiones de aquella risa, y a Ethel le hizo daño porque sintió cómo vacilaban sus fuerzas.

—Volvamos a la ciudad, Ethel. Has venido a buscarme, y no toleraré pronuncien tus labios el nombre de otra mujer. Nada quiero en mi vida, si en mi vida no estás tú. Aquí se inicia para los dos el principio de nuestra auténtica historia.

Ella cerró los ojos otra vez. Estaba rígida, se veían temblar todos sus músculos, y se veía vibrar toda su piel.

El sol arrancaba reflejos metálicos a sus hermosos cabellos negros.

—¿Es que acaso no me quieres bastante? —susurró él—. ¿Acaso temes que en tu corazón pueda llegar a haber otro hombre?

«Debería decirle que sí —pensó desesperadamente Ethel—. Sería el único modo de…». Pero no pudo. Sus labios se entreabrieron, rutilaron sus ojos, y de repente se abrazó frenéticamente al hombre, temblando, mientras por sus mejillas resbalaban las lágrimas.

—¿Que si te quiero? ¿Y cómo no he de quererte, si antes de venir tú no sabía lo que era el amor? ¿Cómo no he de quererte si estás en mi vida, en mis pensamientos en todo mi corazón de mujer? ¡Si has sido tú, sólo tú, quien ha hecho resucitar este corazón que estaba ya muerto! ¿Preguntas si te quiero? ¿No te das

cuenta de que al hablarte de Rosanna… es porque te quiero tanto que ya ni siquiera pienso en mí?

El acarició sus cabellos, y luego sus manos recias y duras pasaron por sobre sus mejillas para secar las lágrimas. Los labios del hombre se posaron en la frente, en las sienes, en los labios de Ethel.

—Estamos yendo contra el Destino que los dos teníamos trazado —susurró ella cuando pudo respirar—. Sólo dolor puede venirnos de esto…

—Deja que sea el mismo Destino el que hable —dijo Sergio Luján, mientras la abrazaba otra vez, cerrando sus labios.

Y en aquel momento el Destino habló…

* * *

Fue una voz masculina la que con marcado acento del país dijo:

—¡Pero qué bien están aquí juntitos y quietos para que los ase con mi revólver! ¡Qué sorpresa tan grande encontrarla así, señora ama!

Sergio, que era el que estaba de espaldas a la dirección en que había partido la voz, se volvió rápidamente.

Cuatro hombres les encañonaban desde lo alto de una roca que dominaba la seca llanura en que se encontraban los dos. Todos llevaban revolverse en las manos, y el que los capitaneaba era un hombre que hizo brotar un sordo gemido de la garganta de Ethel.

—¡Grajales!

—Sí, mi ama. Grajales, para servirla, pero ahora con un revólver en la mano. Apártese de ese buen mozo.

Ella iba a separarse de Sergio, pero el hombre la contuvo con sus fuertes manos y la hizo continuar cerca de su pecho.

—No vas a separarte de mí. No te dejaré sola de ningún modo —silbó. Y luego, en voz más alta, dijo—: ¿Qué es lo que pretendéis vosotros cuatro? ¿Asustarnos como a unos niños?

—Más se asustan las personas mayores que los niños, mi caballero… Pero vamos a lo que pretendo. Estamos a poca distancia de la población, ¿no?

—Sí, a muy poca distancia —repuso Sergio con voz firme—. ¿Es que pretendes llevarnos a ella?

—Justamente…

Ethel temblaba en los brazos del hombre, sin poderse contener.

—¿Para qué?

—Me molestan ustedes en el Sur… Es que este país es pequeño para que quepamos todos en él…

—Basta de medias frases —gruñó Sergio—. No creas que me asustas, porque he estado delante de tipos peores que tú, y aún continúo con vida. ¿Qué diablos pretendes? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que van a venirse a la ciudad conmigo, y que les aconsejo no ponerse fuertes…

Ethel se movió un poco entre los brazos del hombre. Con voz que sólo él podía oír susurró:

—Obedécele. Es peligroso…

Grajales debía tener un oído de perro cazador, porque, riendo, aconsejó:

—Sí, la niña habla bien. Hazme caso…

—Vuelve a hablar así y te partiré la cara —dijo Sergio, rechinando los dientes.

—Llevarnos a la ciudad no significa ningún peligro por el momento —susurró Ethel, sin apartarse del refugio que le ofrecían sus brazos—. Tú estás herido y necesitas que alguien te atienda. Haz lo que te diga, por Dios. No compliquemos la situación aún más.

Estaba sinceramente asustada, y quería alejarse cuanto antes de aquel lugar descampado y solitario… Sergio también lo comprendió así. Porque podían ocurrir cosas que en la ciudad no ocurrirían nunca, si era cierto que los llevaban a ella. Masculló:

—Está bien. Necesitamos un caballo.

—Montad el mío —dijo Grajales inesperadamente, descabalgando—. Yo iré junto a uno de mis hombres. Perú antes suelta tu arma. Y si intentas alguna locura piensa que la primera en perder va a ser la muchacha.

Sergio dejó caer el revólver a tierra.

—¡Vamos, montad!

Uno de los jinetes arregló las cosas mejor. Hábil laceador, galopó hacia el caballo que había traído hasta allí a Ethel, y el cual se había alejado siguiendo una leve línea de pastos, y lo trajo hasta el pequeño grupo. Ethel montó en él, a la grupa, ayudada por el brazo sano de Sergio, y luego se aferró a su cintura no queriendo mirar hacia atrás. Sabía que todo aquello terminaría de una forma miserable. Sabía que no los llevaban a la ciudad, sino a algún lugar

donde pudieran conseguir mejor sus propósitos. Pero no quería que Sergio se arriesgase por ella.

Los caballos iniciaron el trote.

Las manos de Ethel acariciaron la cintura de Sergio, y en la suavidad infinita de aquel movimiento, en la detención de aquel roce lento, suave, amargo, hubo como una despedida. A sus espaldas oía el trote de los caballos de los hombres de Grajales, y sabía que de un momento a otro iba a llegar el fin. El camino se extendía solitario ante sus ojos, calcinado por el sol. En cualquiera de los montones de paja que jalonaban la ruta, se podía producir la tragedia. Y cada uno que pasaban arrancaba un suspiro de Ethel, como si fuera un nuevo plazo que la vida le concedía antes de que llegase el fin.

Para que no disparasen contra Sergio se pegaba a su espalda y le protegía con su cuerpo. Cuando aquello llegase tendrían que matarla a ella primero. O tendrían que matarlos a los dos.

El camino se extendía ante sus ojos largo, infinito, inacabable…

Sergio miraba hacia el horizonte sin volver la cabeza, y Ethel hubiese jurado que no se habían alterado en lo más mínimo los latidos de su corazón. Su sangre de aventurero no corría más aprisa porque tras él cabalgase la muerte. Su seca sonrisa no se había alterado porque dentro de unos instantes tuviese que morir defendiendo el honor de aquella mujer.

Pasaron junto a una gran pila de paja y luego otra, otra… Todo aquello era horriblemente solitario, pero al fondo se veían ya las primeras casas de la ciudad.

«Tienen que hacerlo ahora —pensó desesperadamente Ethel—. Es en este momento cuando Grajales hablará y…».

Y, en efecto, Grajales habló.

—¿Pero qué te pasa, gringo? ¿No puedes correr más?

—¿Tanta prisa tienes? —Gruñó Sergio sin volver la cabeza—. ¿Es que temes perder el tren?

Grajales lanzó una carcajada.

—¡El tren! ¡Justo! ¡Es el tren lo que temo perder!

—No es necesario que además de todo esto te burlas de nosotros. Te sientes muy guapo porque tienes armas en las manos y porque te protegen varios hombres.

La risa de Grajales pareció herir el aire.

—¡Pero qué fiero es mi patrón! ¡Habré de creer que tiene la sangre de ella, que es como la de una gata comida de rabia!

—¡Maldito sea! ¡No estoy dispuesto a aguantar más, Grajales! —rugió Sergio volviendo por primera vez la cabeza.

La sonrisa del ex capataz de los Wyler era ancha y alegre. Todo aquello parecía divertirle como ninguna otra cosa en su vida.

—Bueno, ¿pero es que no corres más, gringo? ¿Es que de todos modos quieres perder el tren?

—No contestes, Sergio —susurró ella—. Se está burlando de nosotros. No vale la pena decir nada. Dentro de unos minutos, cuando lleguemos ante aquella gran pila de paja, habrá sonado para nosotros el fin. Me odia a muerte y querrá hacer «eso» a la vista de la ciudad, para que duela más.

—Primero tendrá que matarme a mí, Ethel. Y no sé aún a quién le va a doler.

Llegaban junto al lugar indicado por la mujer. El acompasado golpear de los cascos de los caballos se iba metiendo en su cráneo. Sabía que era la última vez que le quemaba aquel sol, la última vez que la veía aquella tierra. Unos instantes más y el fin habría llegado.

Pero pasaron junto a la gran pila de paja sin que Grajales les ordenara detenerse. La sorpresa de la mujer fue tan grande que tuvo que volverse para mirarle.

Grajales seguía enseñando los dientes con una sonrisa ancha, alegre, un poco salvaje.

—¿Es que de veras vamos a llegar a la ciudad?

—Claro, mi damita. ¿Pero es que Grajales no habla en buena lengua de cristianos?

Los planes de aquel hombre eran inexplicables. Entraban ya en las primeras casas de la ciudad.

—¿Es que vamos a recorrer el continente entero? —masculló Sergio volviendo la cabeza—. ¿No puedes decir adónde vamos de una maldita vez?

—Estamos llegando —dijo Grajales.

La ciudad parecía agitada revuelta, y en ella se notaba el ambiente de las grandes conmociones. Hombres y mujeres huían con su modesto ajuar a cuestas. Algunos calesines y carruajes más pesados iban de un lado a otro, al parecer sin rumbo, pero

acentuando la sensación de pánico. Grajales indicó suavemente:

—A la izquierda.

A la izquierda estaba la pequeña estación, y de ella iba a partir un tren en cuyos vagones había un público de lo más curioso. Podía afirmarse que el ochenta por ciento de los que estaban allí no eran sureños. Además, todos los que había en aquel tren vestían con mucha elegancia. El tren tenía todo el aspecto de un convoy de gentes del Norte que no deseaban tener ningún roce con el nuevo peligro de guerra en el Sur. Sergio se volvió completamente para mirar a Ethel, sorprendido, y en este momento la voz de Grajales explicó:

—Va a salir ahora mismo. Y ya no parará hasta llegar a una estación adicta a los del Norte. ¿Qué les parece el notición?

—¿Pero qué es esto? —preguntó Sergio Luján, sin poder disimular que empezaba a sentirse desconcertado—. ¿Por qué nos has traído aquí?

—Para que ustedes suban al convoy. Y ahora mismo.

—¿Es que vamos a marcharnos de aquí?

—Les convienen, amigos…

Sergio fue el primero en descabalgar, de un ágil salto. Ethel le siguió cuando él avanzaba hacia Grajales. Trató de detenerle, pero no pudo. Y Grajales sonreía, sonreía.

Y de repente. Ethel comprendió.

—¿Es que… es que no me odias? —preguntó con lágrimas en los ojos, antes de que Sergio pudiera hablar.

—He hecho muchas maldades, señora, en toda mi vida —dijo Grajales en una sonrisa—. Y usted me castigó, pero fue porque me lo merecía. Demostró que no me tenía rencor al dar aquel dinero a mi esposa. Ella me lo hizo comprender así. Usted se portó conmigo como se tenía que portar, porque yo lo merecía… Pero ha sabido darme una lección y… —vaciló—, y ése es el único modo que tengo de agradecérselo…

—No te entiendo —dijo Sergio Luján—. ¿A qué viene todo esto? ¿Qué quieres decir?

—Todos nos dimos cuenta del drama que sufría usted, señora —dijo Grajales mirando a Ethel—. Usted es una gran persona, y el señor no digamos… Por eso prefiero que ustedes sean felices fuera de aquí, y dejen a la otra señora que se coma sus tierras…

El tren lanzó un largo pitido. Las lágrimas empañaban ya los ojos de Ethel.

—No podemos hacer esto.

—¿Salir de aquí? ¿Por qué no? ¿No era eso lo que querían?

—Sí, eso es lo que queríamos —dijo Sergio.

—Pues háganlo…

—Pero Rosanna… —susurró Ethel.

—Rosanna tiene sus tierras, que es lo que más ama. Déjenla con ellas. No es mala chica, pero quizá necesitaba estar condenadamente sola para aprenderse la lección. Eso la enseñará. Y ustedes lárguense, que el tren ya pita.

Sergio oprimió dulcemente los hombros de Ethel, que temblaban.

—¿Te das cuenta? —susurró—. Nuestra voluntad no ha intervenido en esto. Ha sido como si el Destino lo decidiese todo…

El tren lanzó otro pitido, y las bielas comenzaron a rechinar. Unos segundos después se puso en movimiento.

Sergio Luján adelantó dos pasos y tendió la mano a Grajales.

—Ahora me alegro de no haber sido más impulsivo. Hubiese sido una lástima una pelea a muerte entre tú y yo. Adiós, amigo.

—Adiós. Y felicidades.

Sergio enlazó a Ethel por la cintura y de un ágil salto la hizo subir al tren. Éste ya había arrancado, y su marcha fue pronto muy rápida. Atrás fueron quedando las tierras quemadas por el sol.

Estaban en la última plataforma, solos y apretados uno contra el otro. Ethel susurró:

—Casarnos será nuestro primer acto al descender de este tren.

Sergio la besó en una mejilla y afirmó:

—Lo único que lamento es que Grajales no haya podido ser nuestro padrino de bodas…

FIN